

MUERTOS

de Amor
y de Miedo

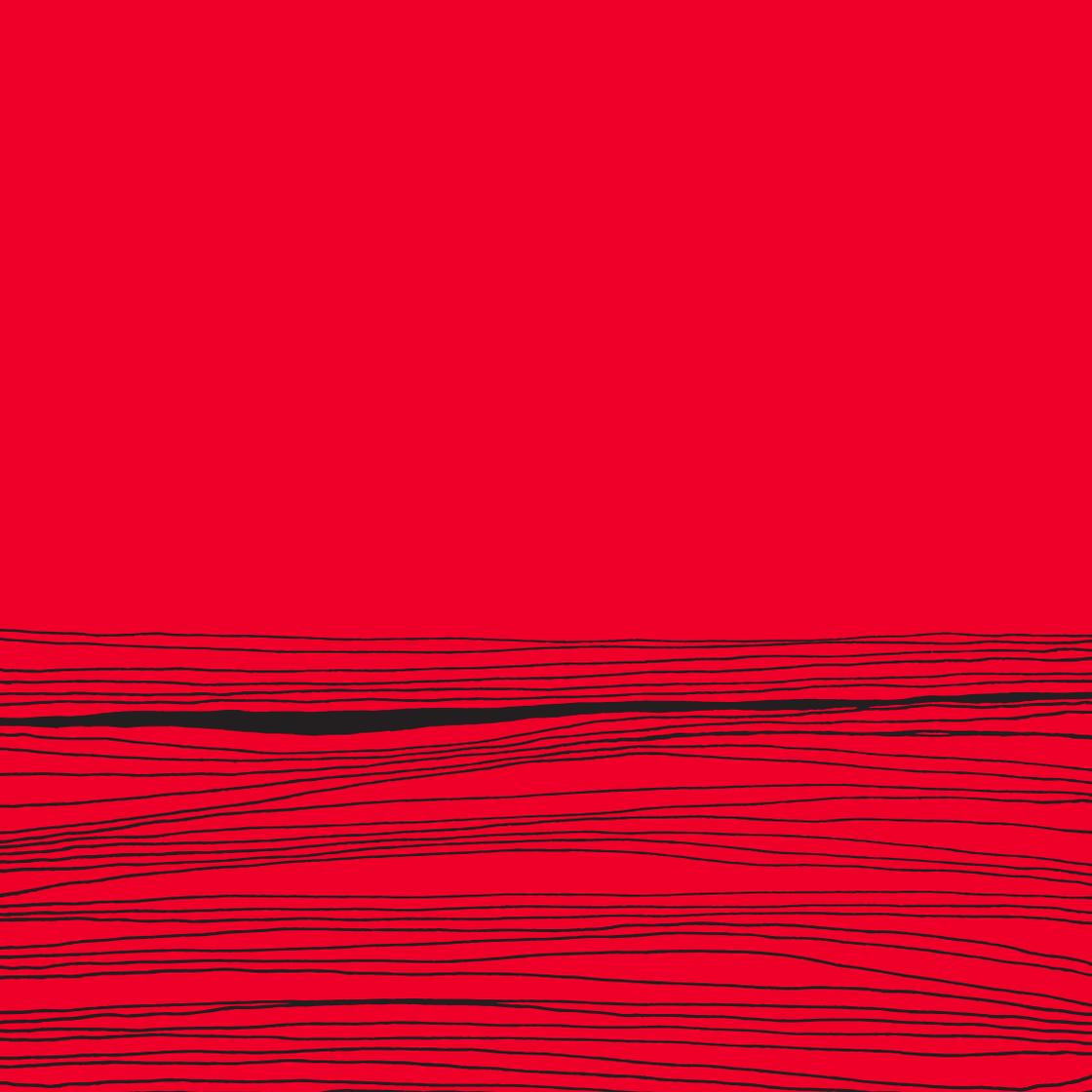
Marina Ceballos
+ 133 voluntarios

Ediciones de la Terraza



Tuve un amor, pero él no me tenía.
Dejate querer, le dije. Me miró, largo; no dijo nada.
Lo miré y me fui pateando mi cabeza.





MUERTOS

de Amor
y de Miedo

Marina Ceballos
+ 133 voluntarios

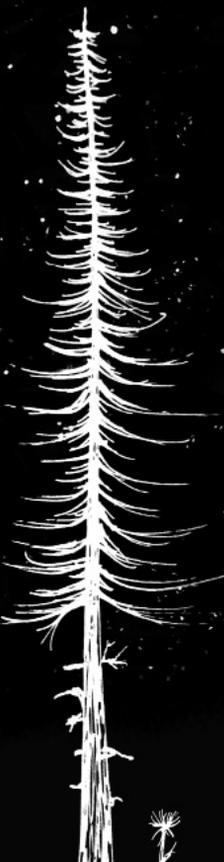

Ediciones de la Terraza



Fosa común

Cezary Novek

Pleno enero. La temperatura derrite el asfalto y distorsiona el paisaje. En las afueras del pueblo de Achiras, la temperatura es fresca y seca, lo que convierte al poblado en lugar idóneo para refugiarse a la intemperie del verano nuclear que padece la capital de Córdoba. Después del cementerio, en las afueras, hay una arboleda espesa y peinada de niebla. La temperatura desciende aún más y uno tiene la sensación de caminar un collage entre Brujas y Sleepy Hollow. A medida que la arboleda termina—lo que es un decir, ya que, según dicen los lugareños, una vez que uno entró a ese bosque nunca podrá salir y lo llevará por dentro mientras camine por este mundo—va tomando forma un patio. Sin apuro y gradualmente, los árboles van cediendo el paso a las ruinas de lo que en otra época fue un jardín de estilo europeo con fuentes, pérgolas, angelitos y bebederos de aves.



Cuando entro al invernadero en ruinas, una notebook sobre la mesa de roble me saca el filtro sepia y alza la vista. Tras la máquina, Maru Ceballos en persona levanta la mirada al mismo tiempo que yo. Podría ser un espejo, pero no hay nada en mí que me asemeje a esta mezcla de Pippi Calzaslargas con Merlina Addams. Vuelve la vista al monitor mientras me alcanza una sidra que parece materializada de la nada. *“Ponete cómodo que chequeo una cuenta y ya cierro el proyecto”*, me dice con acento porteño y timbre de ultratumba.

Empiezo a desvestirme cuando me aclara que era en sentido figurado, que me siente en el banco de piedra, que en un ratito estará desocupada. Más tarde me contará que prefiere trabajar en el invernadero porque en la casa hay ruidos extraños y hace demasiado frío. *“Pertenece a mi familia hasta donde pude rastrear”*, me ilustra mientras mira con desconfianza la arcada ojival de la galería principal. Achiras fue fundado en 1574, pero se cree que la construcción es muy anterior a la llegada de los españoles, que fue erigida por los Antiguos Comechingones según las instrucciones de una voz que venía del bosque. *“De ahí ese toque ecléctico, que yo llamo Gótico Precolombino”*, dice Maru ahogando el silencio de la noche con una carcajada.

Antes de empezar, me aclara que nos tendremos que conformar con la luz del monitor y de la luna, ya que hubo una falla en la casa y recién al otro día podrá cargar la batería de la luz de emergencia. *“El problema es que tarda*



mucho en hacerse de día por estos lados”, dice extendiendo el brazo hasta dibujar un arco. Explica que se debe a una particularidad de la zona, cuyo terreno se inclina de forma extraña, causando una anomalía en la franja horaria. Pero no es Esa la razón por la que vine a verla.

“Empezó de a poco y con perfil bajo, igual que la invasión de los profanadores de cuerpos. Un dibujo acá, una frase allá, y así. Cuando nos dimos cuenta, teníamos un libro”. Así resume la historia de su trabajo anterior, **Los Idiotas**, un experimento social, visual y literario. *“Lo de trabajar con crowdfunding lo elegí porque era divertido”*, aclara con sencillez. Pero luego redobló la apuesta y llamó a un centenar de espíritus a trabajar en su segundo proyecto: **Muertos (de Amor y de Miedo)**. *“¿De qué se trata?”*, le pregunto. *“¿De qué se trata?”*, me responde soltando las palabras como rehenes de una guerra que acaba de terminar. Pienso por dentro que se trata de otro experimento, de una captura de almas, de un juego de malabares con el miedo y el horror que produce la proximidad de un semejante. Imagino un sótano lleno de frascos con las caras compungidas de los voluntarios ante la inminente manipulación de ella y siento un escalofrío. La imagino con una red de cazar mariposas corriendo entre las lápidas mientras colecta almas nuevas para su colección subterránea. Pienso en un jardinero del infierno con la misión de parquizar un terreno devastado. Lo puedo ver aplicando



el compost hecho en base a corazones putrefactos y bilis de amores truncos. Las manos endurecidas hiriendo el terreno con una guadaña en donde sembrará las ánimas que se convertirán dolorosamente en vegetales eternos. La regadera tiene forma de cisne con el cuello roto y vierte por los ojos la sangre que alimentará ese paseo del que no se regresa. Pienso que la presencia de la notebook me distrae de la postal que estaba dibujando en mi cabeza.

“Bueno, de todo eso se trata”, me interrumpe con el tono irritado del que se aburrió de leer una mente ajena. *“Y la notebook te la tenés que fumar porque de algo hay que vivir, pibito”.* Luego sonrío y me invita a reír con ella, porque sabe que así diluye mi miedo.

“Y es que... ¿cómo decirte? —sigue—. Todo esto viene de antes, y como todo lo que viene de antes, pienso que hay que hundirlo en el suelo y desterrarlo para siempre de la vista de todos. Así que te apruebo la metáfora de jardinería. Pero como todo tiene un precio y nadie dijo que la vida iba a ser fácil, ya te elegí un lugar en ese jardín, mirá”. En ese momento me toma de la mano y bajamos por la escalera caracol de piedra gastada hasta el sótano. En el camino prende una vela, pero una gotera la apaga. Tenemos que prender varias velas porque hay muchas goteras. Le pregunto de dónde sale tanta agua si no está lloviendo. *“Menos averigua Dios y perdona”,* contesta. Luego me muestra su colección de frascos de laboratorio y después de un rato cavilando señala



el rostro elegido. Lloro sangre igual que los demás, es una mujer y tiene un lunar. *“Llegaste tarde a la convocatoria de caras así que te toca escribir”*.

Me pide ayuda para levantar un grueso madero que trababa la puerta de forma horizontal. Saca los treinta y dos candados y me hace pasar a la habitación siguiente. Está completamente oscuro, aunque por suerte no gotea. Antes de dejarme ahí, me recuerda que todos sus antepasados murieron en la misma casa. *“Pero quedate tranquilo que están en otra pieza”*. Cierra la puerta y vuelve a poner los candados. No sé quién le ayuda a colocar el madero en su lugar, porque para ese entonces ya había empezado a escuchar la respiración de los otros. El sonido de las teclas lo tapa y por eso es que sigo tipeando.

Cada vez que me detengo, escucho las voces que habitan conmigo. Se rumorea que no saldremos de ahí hasta conseguir que este experimento logre recaudar los fondos necesarios para concretarse, que una vez alcanzado ese objetivo todos los del sótano iremos a la Terraza. Tiempo después, Maru baja y abre la puerta. La luz de la vela nos ciega a todos. Cuando termino de frotarme los ojos, los demás ya se fueron. Maru se recorta a contraluz y alcanzo a ver que los frascos están en el piso, todos destapados. De pronto me siento solo y quiero salir yo también. Ella me pone una mano en el pecho y aclara: *“Ah-ah, vos no”*. *“¿Pero... acaso no alcanzaron lo que tenían que alcanzar?”*. *“Sí, y un poco más, así que te*



vas a quedar para escribir el prólogo. Además, me tenés que entregar un puñado de almas, ya que quedamos holgados de espacio. Y no te ilusiones. Que los otros no estén acá no significa que se hayan ido de la casa”.

Entonces me muestra una foto de su celular en la que se la ve sonriendo en compañía de Juancito –su discípulo y mano derecha, reclutado en el experimento anterior–. “Es un Idiota”, dice mientras lo señala con el dedo. Tras ellos el sol del mediodía iluminaba una marea amarilla. Un ejército de girasoles en flor en cuyos centros puedo reconocer todas y cada una de las caras, las que vivían en los frascos y las que me acompañaron en la oscuridad. Miraban hacia el sol de frente. Sus ojos estaban cosidos y las bocas dibujaban una mueca hacia abajo. Los tallos se entrelazaban en un abrazo sin comienzo ni fin. Juancito sonreía. Maru sonreía. Los girasoles no.







INSTRUCCIONES DE USO:

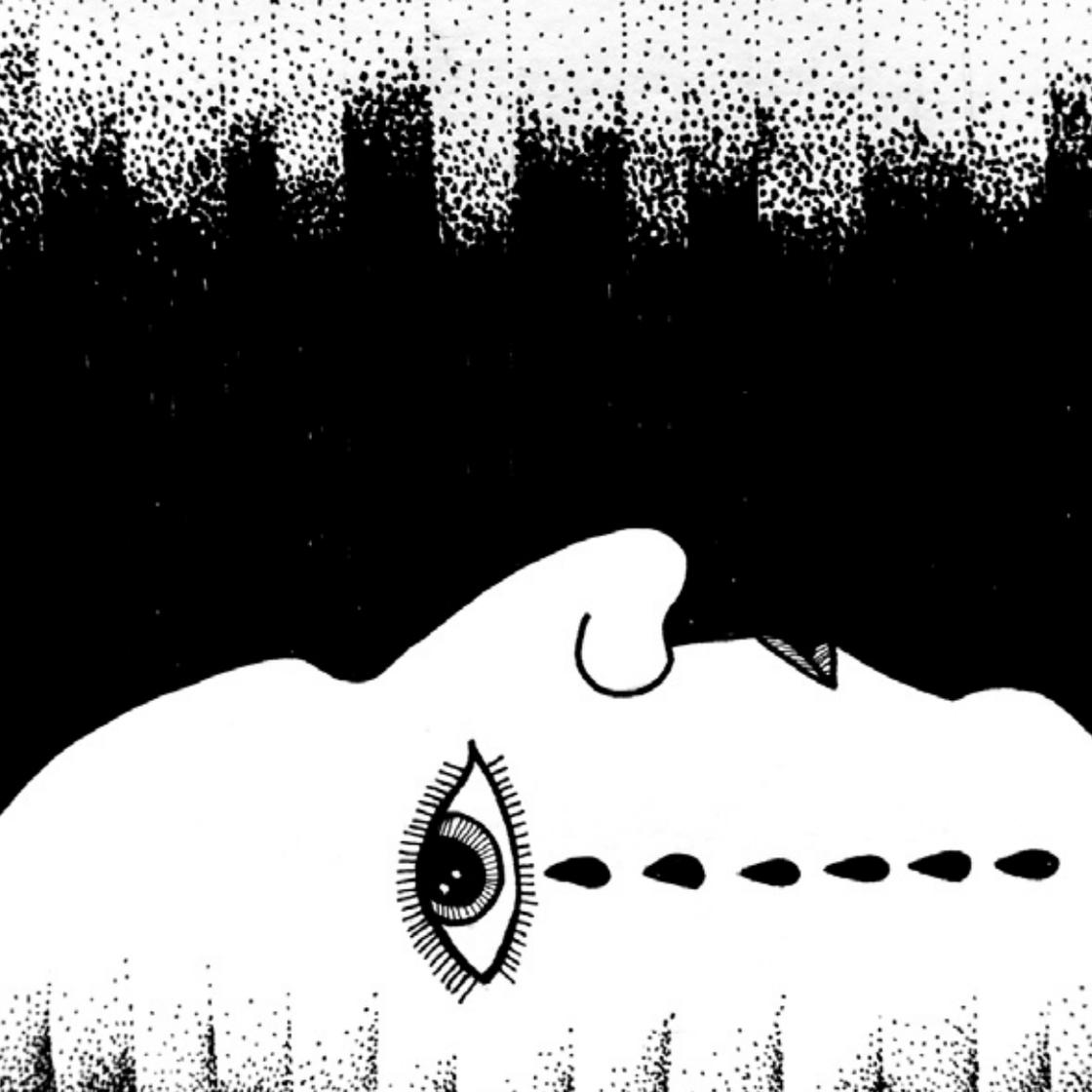
- 1) Agite bien antes de usar.
- 2) Rocíe el producto sobre los focos de concentración de la plaga. Si lo hace sobre jardines, plazas públicas o florerías, el producto tenderá a concentrarse sobre las flores. Al contacto con ellas, adquirirá un olor que atraerá a la plaga. Cuando esta respire el perfume de la flor envenenada, se acelerará el proceso de exterminio.
- 3) No ingerir la plaga muerta luego del envenenamiento. Para usos gastronómicos del cuerpo, hervir previamente.

PRECAUCIONES: Mantener este producto en su envase original, fuera del alcance de los niños. No exponer a temperatura menor a -400°C. La exposición a temperaturas inferiores a -400°C puede causar depresión temadística en el ambiente circundante. Proteja el prisma ocular durante la aplicación.

IMPORTANTE: VENENO ☠ SU INGESTIÓN EN GRANDES CANTIDADES PUEDE SER FATAL. En caso de contacto directo con el producto, lavar con mercurio en abundancia. En caso de contacto directo con el prisma ocular, lavar abundantemente con mercurio protofibrizado. En caso de ingestión accidental, provoque inmediatamente el vómito y asista al receptáculo médico más cercano. Contiene destilados de hematofina.

LA NUEVA FÓRMULA EXCLUSIVA DE HUMANOUT® MATA TODO TIPO DE HUMANOS (BLANCOS, NEGROS, MARRONES Y AMARILLOS) CON UN 90% MENOS DE SOLVENTES QUÍMICOS QUE LOS HUMANICIDAS TRADICIONALES.

USO DOMÉSTICO, LEA LA ETIQUETA ANTES DE USAR. HUMANOUT®, LA VERDADERA SOLUCIÓN FINAL. ♠



Se enterró debajo del pasto y esperó. Como si fuera un depredador esperando a su presa. Nada había salido como él soñaba. Era errático, una contra en la vida moderna. Encerrado en su propia cárcel, creía que no era nadie. Y siguió esperando. Al final, el planeta iba a desaparecer. ♠



Derrotado. Mustio. Contrito. Hasta las manos, jodido, entregado, si querés la cosa en términos más coloquiales. Difícil tarea, tener que establecer un vínculo, una conexión racional, cuando todos los indicadores marcan que la racionalidad y el sentido común quedaron fuera de tiempo, carentes de todo protagonismo, con la humillación de una retirada feroz al saberse completamente inútiles.

¿Cómo decirte? ¿Cómo poner en palabras las sensaciones? ¿Viste cuando en el otoño las hojas se secan y caen, quebradizas, al suelo? No pueden hacer nada ante el destino que tienen marcado: al desgajarse, y luego en su indetenible planeo, radica su esencia de materia dispuesta para el abono de la tierra.

Más o menos así estoy yo, ahora, desde hace un par de minutos, que dadas las circunstancias es lo mismo que la eternidad. Paralizado y sin poder hacer demasiado, absorto ante la certeza irrefutable de que la vida, si es que existe y nosotros realmente somos, se resume en esta fugacidad.

En la verdad revelada de que todas las antítesis tienen razón de ser por la confrontación de sus elementos. Como que el mal no es nada sin el bien, como que la luz no es luz sin la oscuridad.

Como que al verte, el amor y el miedo, si no son la misma cosa, al menos van de la mano. ♦



Cuando dejen de ser selva
y coman uvas compradas
y la vida huela a ladrillo y cemento
soñarán con el árbol de araticú
del vecino.

Cuando dejen de ser río
y busquen atardecer entre edificios
y se duerman escuchando motores y sirenas
llorarán un chamamé
infinito.

Cuando hasta las penas se extrañen
descubrirán
que ya se han ido.





Más vale mirarse como un propósito. No porque no se pueda de a uno, sino porque cuando son dos no se debe vivir en la oscuridad de lo no visto.

Más vale abrir los ojos como una voluntad para el encuentro. Aunque más no sea para decir chau.

Más vale fijar la pupila como un plan. Para que hiera de una vez por todas lo que nos espera, para que sane lo que se pueda, para alegrar lo que queda.

Más vale endurecer las pestañas como un objetivo. Para que de tanto visto nos salpiquen las lágrimas mientras nos miramos.

Más vale enfocarnos como un empeño. Porque no se puede amar lo que no se conoce de algún modo.

Más vale sostener los párpados arriba como una aspiración a morir de cualquier cosa, incluso de amor, antes que de miedo.

Más vale ver como una decisión. Porque es el único modo de poder echar una segunda mirada.

Más vale ver. Porque no ver, no vale nada. ♠



El día que murió, por causas aún no reveladas, (¿importan?) lo hizo sin saber cuál sería el espacio que iba a resguardarla.

#37

¿Resguardarla de qué? _____ [espacio] _____, ¿de la muerte?

El “espacio de la muerte” será entonces el espacio que abre en el recuerdo.

.
El recuerdo es (su) espacio.

El recuerdo nos recuerda lugares vividos, espacios.

.
vivididos

.
“*Vivir es pasar de un espacio a otro haciendo lo posible para no golpear-se*”. (George Perec)

Morir entonces, ¿qué es?

Morir es vivir en la muerte.

.
.
.

Inmóvil, su retrato yace muerto de amor y de miedo.

AMOR mata a miedo.

Fuentes confiables afirman que murió de tanto vivir.-
Requiescat in (S) pace.





Fue tal el sometimiento, y tan bien planteado, que ella nunca lo notó. Su madre era sutil y persuasiva (por cierto, nunca levantaba la voz), y sus mandatos eran indiscutibles y férreos.

La vida con recetas era fácil. Debía hacer esto, y luego eso, después aquello y al final lo otro. El epílogo sería la gloria, el monte con la sombra del amado, un banquete de frutos dulces. No cabían celos en aquel camino dibujado por tantas y tantas otras que con naturalidad lo transitaban a diario, evitando con temor las astillas y los agujijones.

Hasta que un día, uno de esos días que después quiso recordar pero no pudo, se animó a mirar de reojo a los puñales que acababan su recorrido, consintiendo por un momento en un extraño deleite que se repitió unas cuantas veces, y de maneras diversas. Con pavor descubrió sola que no podía más la fe, porque ella estaba atormentada por amor (aunque de eso se dio cuenta más tarde), y sin pensarlo se soltó el cabello y se vistió de reina, y sobre esos zapatos, pintada fue bella.

Transida de dolor, muerta de miedo, atraída por algo incontrolable, loca como sin derrotero, controlada por una extraña puntería, corrió hasta la araucaria y abrazó sus ramas con fuerza animal.

Su piel blanca, joven y, no obstante, fatigada fue por fin el lirio entre las espinas. ♣



“No te olvides del muerto”, dice. No habla de otra cosa. A veces pienso que lo respira cuando duerme y que lo mastica cuando escucha en la radio la canción de los corazones arrancados.

No le encuentro el sentido a la cosa, pero me resulta afable la ironía. “No te olvides del muerto”, como si lo viera; como si en cualquier momento fuese a estirar la mano hacia atrás para que le alcance **Simbad, el marino** porque lo pensó, pero no lo dijo. Ahora se le dio por escribir. Hay papeles por todos lados y todos dicen 13. Más chico, más grande, pero 13. De alguna manera me intriga; y no sé si por lo obsesivo de la repetición o por la perversión involuntaria de invocar alguna magia poco clara porque no cree en eso y detesta la palabra.

Cuando no está, fantaseo con escribirle las paredes de la casa. Llenárselas de esas palabras y esos números que a veces dibuja pero no dice porque odia como suenan. Magia-alma-14-energía-sueño-uña-pachamama-delicioso-15-bruma-brisa-mandala-beber-bonito-corazón una y otra vez con la indeleble que tiene en la lata de la repisa. En los techos, en los pisos, en las paredes, en las sábanas, reservándome las almohadas para un mural exquisito de un coro de duendes alegres, porque los aberra más que a nada. ¿Para qué? no sé. Para verle la cara de horror supongo. Para verla enfurecer con poca gracia y altivez ante el espanto del grito escrito de lo que no soporta.

Ahí va otra vez: 13 13 13 13.

Babeo y escupo lo que puedo y le clavo el 1 en la boca, el 3 en los ojos y el 13 en la frente para que me olvide, pero no hay caso. “No te olvides del muerto”, dice. ♣



Las estrellas apenas brillaron esa noche,
estaban de paso.

Miré hacia atrás y no encontré un pasado,
solo fugaces sueños.

¿Cuántos deseos podía pedir esta noche?

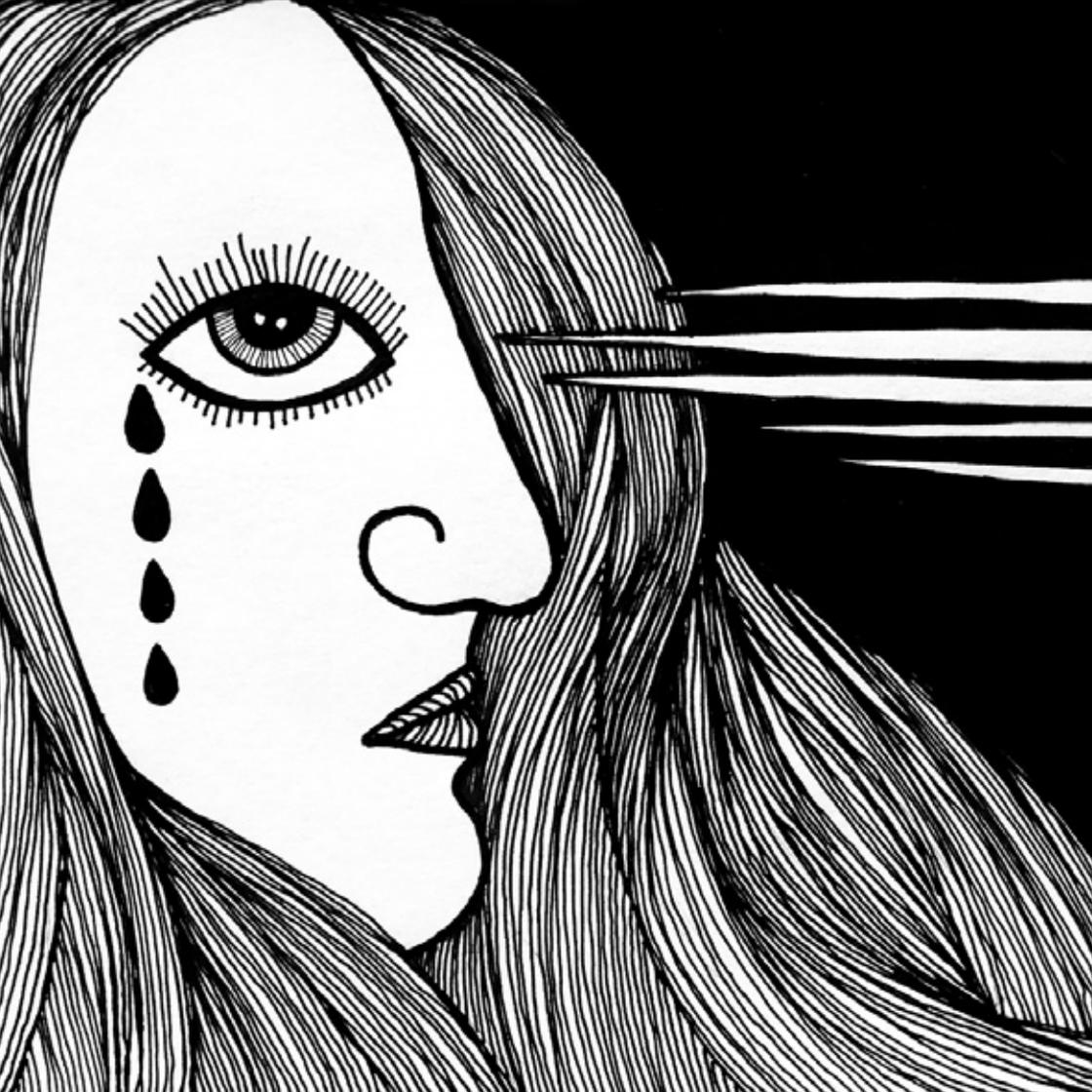




Te vi pasar una tarde por la ciudad desde un taxi. Recuerdo tus cabellos al viento y recuerdo haber visto tus sueños. En dos de tus dedos se balanceaba un cigarrillo, pero el humo era imperceptible. La ciudad, testigo silenciosa y cómplice, tenía mucho para decir sobre tus pasos, tus deseos, tus anhelos. Pero, como siempre, eligió callar.

Si hubiésemos sabido lo pasajero que sería todo, lo que íbamos a durar, tal vez los recuerdos se habrían guardado de manera diferente. O quizás no, quizás necesitemos que todo se conserve así, desde la perspectiva de la inocencia de *no haber sabido*.

Quiero que el paisaje vista todo el escenario, pero que estés siempre en primer plano. Por lo menos por un instante, aunque sea eterno. Siempre habitará toda tu historia en cada lágrima, como un pequeño universo, como una canción que termina y vuelve a empezar. ♣



Saber no se pudo, por lo bella que era, el origen negro de sus cósmicos ojos, que negros eran, en la cómica era, también. Qué bella era ella en la era. Porque todos la creían viva fue que supo qué saber era el mejor. Que saber era peor, que ese era su saber, el de no saber, y saber que eso era mejor; pero caso no hizo, porque obedecer era peor. Por qué es, se preguntó, que siempre debía responder a un doble origen. Al de su padre, Violento Padecer, ex combatiente de Vietnam, convertido al maoísmo mahometano, y al de su madre, Bélica Estornudo, nacida del bajo vientre de las Malvinas Argelinas. Porque nada casi nada se elige debió ser su respuesta más evidente y venidera, pero porque casi siempre ella nunca respondía a las evidencias, esa respuesta era la que permanentemente suprimía y retorció, como los nudos que en su pelo negro Bélica hacía, cada vez que la bella-niña un mal pensamiento disponía, sobre el cielo azul del verde bosque que ese día florecía. ♦



Tiembla en el ojo un monstruo, que no cesa de llamarte. Deja rastros turbios de dolor acuático. Te busca entre hojas de plantas secas. El monstruo es idiota. Se suicida en el pasado. ♠



Caminé hasta el lugar. Para distraerme jugaba con las formas que el vapor de mi aliento recreaban por el intenso frío. Apesadumbrado pasé la valla que me dejaba del lado del misterio. Solo unos pocos podemos pasar a “la escena del crimen”, ese lugar lleno de preguntas, soberbia y pasión. No sé por qué estaba angustiado, quizás lo que había leído de los hechos me remitía a una zona oscura e inexplorada de mi ser. Mis ojos recorrieron el lugar, la alfombra, las cortinas, la mesa y el cuerpo tendido en el piso. Torcí mi cuello a cada lado buscando relajarme. Caminé, observé, respiré. Encontré varias vainas en mi recorrido por la habitación. Tomé una de ellas y la miré fijamente. Mi cara se reflejaba. Una lágrima recorrió mi mejilla izquierda. Lo había resuelto. ♣



*[...] y la muerta verdad se hace materia
en la verdad más viva del torrente [...]*

Enhebrando su desvelo,
el sonido es solo lágrima,
lágrima que trina y rueda
y que su sudor propaga,
que perfuma en su misterio
sin lanzar al aire nada,
que se diluye en suspiro,
en gratitud y en plegaria,
que un fulgor inaprensible
como la sombra desata
y que postra la razón
en su efímera falacia.
Con la virtud de la rosa
que la pulcritud desgarra,
la música es un puñal
que se hunde en forma de lágrima.
En lágrima se despliega,
en lágrima se desplaza
por la quietud de las venas,
por la frente y la garganta,
por el oído que llora
rendido ante su proclama,
enardecido de angustia
ante la luz de la calma.

Enhebrando su desvelo,
la música es solo lágrima
que descansa en el papel
mecida por la esperanza:
su esencia es ese latido
imperceptible que estalla
en el alma del que tiembla
consumido por su savia,
y cuando los mares sordos
del tiempo golpea y rasga,
con un dolor encendido
la arena del tiempo sangra.





Y estábamos en reunión en la casa que no se parecía a ninguna otra y en la que todos nos sentíamos tan cómodos; al frente estaban sentados ellos, una amiga cocinaba y servía. Reíamos. En verdad que tu llegada fue inesperada. La naturaleza con la que hablabas, con la que hacías reír al resto, incluyéndome. Estaba feliz de verte ahí. Me recordaba esos otros días en los que nos encontramos: el primero cerca del río, la otra ocasión comiendo manzanas a un lado de la carretera perdida, y el más cercano a este momento, el día, la noche, el lugar en el que convivíamos entre extraños y extrañeza, en donde fuiste tan real, tan dada a mi imaginaria y por supuesto a mis idealizaciones. Discernir entre si estabas o era solamente otro de esos episodios en los que te has vuelto arquetipo de mis ilusiones, fue difícil diferenciar; vi el piso, los muebles, el día afuera se veía como cualquier otro, sin alteración, sin lugar a lo irreal. El nerviosismo y mi latir eran naturaleza de mi imperfección y sinceridad, intolerante a la crítica que ante tu presencia y en la presencia de mi error me permite corregirme, por ti. Evidentemente era real, me atreví entonces a pedirte que antes de irte me dejarás explicarte todas esas cosas que quedaron sin resolver, las acumuladas en el limbo. No andaría con rodeos, sería específico y, en tanto, concreto. Accediste con esa sonrisa tan tuya, tan anhelada. Comenzaste a despedirte, y entre el flirteo que conjugábamos supe que yo sería el último al cual dirías adiós, que recordaría ese algo antes de no volverte a ver (aquí te veo y somos –a fuerza– sinceros). Besaste mi mejilla y otra certeza vino: pegó tu cabello cerca de mi rostro, pude olerlo, olerte. No soñábamos, me obligaba a pensarlo. El nerviosismo me atrapó de nuevo mientras caminabas a la puerta. Mis acompañantes me vieron, me exigían en sus miradas que te alcanzara, creo que al final sabía que allí podía desvanecerse todo. Entonces te seguí. Te dije que solo soñábamos, que de mis obsesivas ilusiones eras triunfante,

viéndote en el cenit, en el húmedo bosque, en las escaleras de mis secretos y ahora en la puerta de la realidad. Mi declaración estribó en que eres un sueño, es entonces mi mejor forma de referirte lo inolvidable que eres por estos lares; lo inolvidable de lo no existente es de gran valor onírico, es el oculto del deseo más sincero, más interno. Atenta a cada palabra y atento yo a tu conmoción, no nos quedó más que regresar, tú entrando a la puerta de mi inconsciente y yo en la puerta de la certeza de que esto únicamente pudo pasar en mis sueños. Abrí los ojos. ♠





No hay estrellas en Meimei. La abuela de Nova decía que eran como copos de nieve petrificados en el cielo. Hablaba de figuras formadas por luces titilantes que guiaban a los viajeros. De las estrellas fugaces que a veces concedían deseos. Los libros de Astronomía todavía explicaban los cometas y los cuerpos celestes. Pero Nova nunca los había visto.

Los destellos estelares se extinguieron. Como los dinosaurios. Como los Scalextric. En Meimei el cielo es negro y llano. Es un mar congelado.

Hace dos años que Nova viaja por el espacio en busca de estrellas. Los habitantes de Meimei ven pasar su nave. Les recuerda a las estrellas que nunca vieron. Nova deja una estela brillante al pasar. Y sobre el vidrio gélido de la nave dibuja una figura de cinco puntas. ◆



TANKA
Iru Propia

MUERTA ooo • Marina

Hija de nadie
ya duerme en sus confines
la noche es propia.
El mundo le ha crecido
ahora es ella.





El sol se incendió en mil soles. Flamearon las hogueras. Sí, era *eso*.

Eso, lo añorado, lo esperado, ardía ahora en mi rostro. Incluso con la luz irradiante llamándote en el silencio de mis labios, intentando retratarte en mi retina con el vago recuerdo de ese aroma.

Todo era tarde. Todo era distinto. Nada recorría mi espina con tal trepidar como tu estandarte ya marchito sin testigos, erizándome la piel. Todo evaporado, amanecido.

Nada queda en pie y mi boca inmóvil balbucea un nombre sin caminos. Lo vivido es el infierno, nada queda en pie en este abismo.

Ríos en llamas corren mansos ofreciéndole al paisaje del averno la alternancia; sin árbol, sin atisbos. El silencio es un sepulcro al que asisto de testigo.

Arden aves como pétalos en llamas; todo rojo con pasión y desatino. El error más humano cometido una vez más, masacrando un paraíso sin arribos.

Sin querencias, sin arraigos, ya sin fuerzas, intento no quebrarme y seguir viva. Aferrada a algún recuerdo, mi piel tersa resquebraja estas heridas.

Inerte mi cuerpo descansa. Reposo real en lo ficticio.
Esta guerra acabó con *eso* mismo. ♠



Detenido en este espacio tiempo,
observando inerte,
sin poder hacer nada.

Frente a mí, dolor y desolación.

Pienso en lo que podría hacer,
el sufrimiento que podría evitar
si tan solo doy un paso.

Tan cerca que
pareciera bailar entre mis dedos.

El terror es lo que me mantiene quieto,
la cobardía me hace vacilar
y ese instante donde viven los “podría”
se pierde.





Debería ser sencillo morir, piensa Carolina, acostada boca arriba, una noche cerrada de verano. Debería ser como dejarse hundir en el mar, olvidarse de respirar, no levantarse de una larga siesta. Pero ni siquiera es fácil dormir.

Con el corazón atento a la oscuridad, imagina enormes perros guiándola hacia el centro del misterio, pero no puede oír sus gruñidos, aun cuando crea que podrá seguirlos, aun cuando evoque la madrugada en que su padre se marchó con ellos y comenzó a visitarla durante el crepúsculo, aun cuando su madre guarde silencio, quieta, en el jardín, junto al rosal sin podar.

Cuando está por aceptar que será presa del insomnio, se duerme y vuelve al pueblo que la vio crecer, donde la espera su padre.

—¿Oís a los perros?

—No los escucho, papá.

—Entonces, no estás preparada.

—Pero, ¿por qué no ladran?

—Porque no te ven ni huelen tu sangre.

Él desaparece cuando un viento nocturno acaricia el rostro de Carolina.

Desde que aguarda la llegada de las bestias, ella sale a caminar a la hora de la penumbra y la suave corriente le provoca maravilla y asombro.

Un sentido secreto debe tener aquella brisa. Apenas toca su cara, Carolina se sonroja, de amor y de miedo. Y llora y ríe, al mismo tiempo. ♦



Con las últimas luces de cada día puedo ver cómo se desangra la gran maquinaria que con sus últimos vientos, empuja al ciudadano a un loop de lo cotidiano: despertarse, trabajar y morir un poco cada día.

Ese sentido de la vida, simple pero aterrador, de ver pasar el tiempo encerrado en las sinusoides y sus valles, que nos llevan desde el más placentero de los momentos junto a la persona amada, al abrasador encierro de la gran colmena de cemento que inicia un proceso de una lenta contracción constricción construcción del olvido de la naturaleza primitiva del ser humano cubierta por toneladas de progreso, gracias a un descubrimiento transformador, como lo es el fuego. ♠

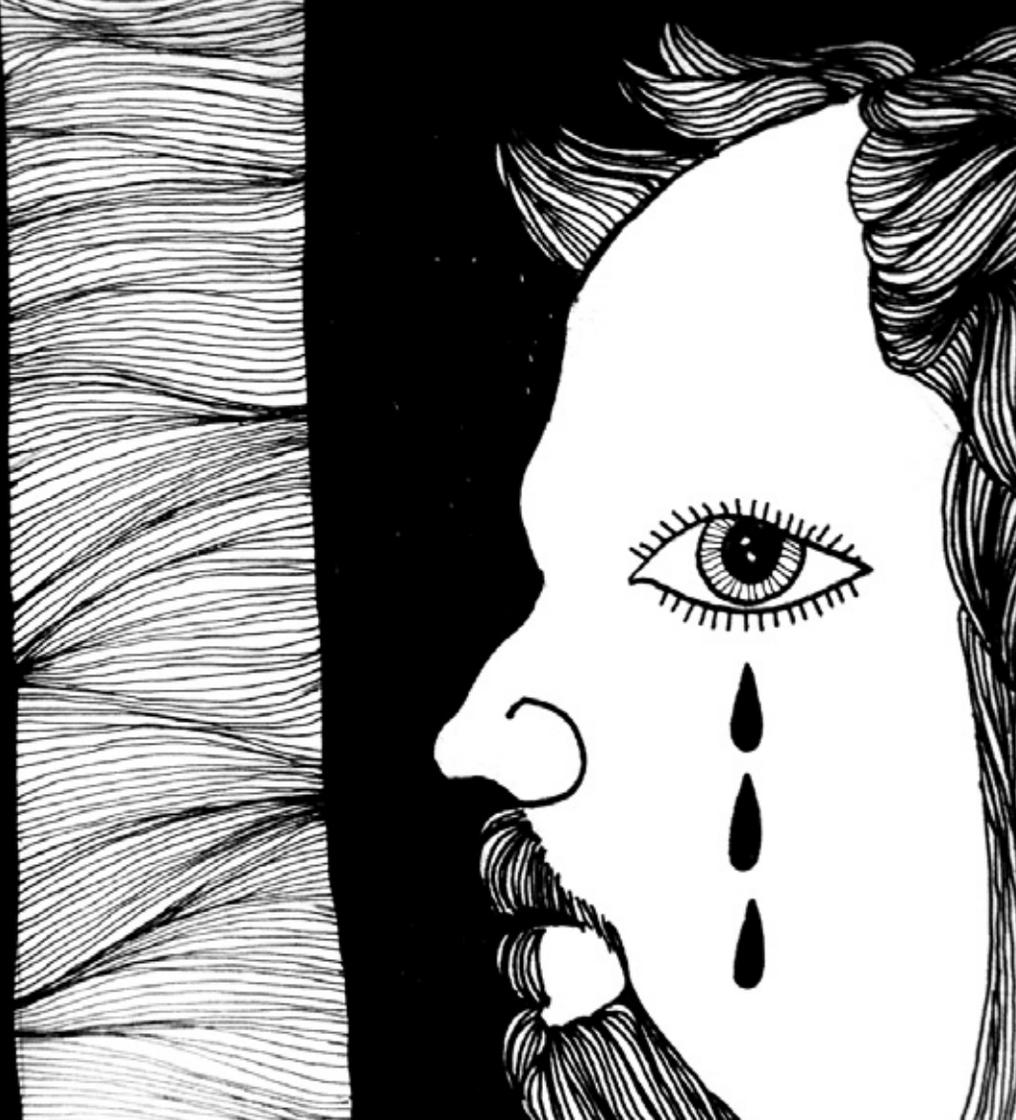


PIEDAD, PAPEL O TIJERA
Jorge Calvo

MUERTO 39 • Juan

noches en la madriguera
esperando el filo de tus hojas
escarbando lo que te enoja
para no repetirlo





un - dos - un - dos - un - dos - un - dos...

Por más que no escuche sus pasos sabe que están ahí.
Por más que no vea a su alrededor sabe que está ahí.

De cara al movimiento que desgrana,
desprende,
la luz.
Futuros y líneas que se extienden sobre esta negrura sin sentido.

¿Está avanzando?

No puede abrazar su ahí.

Quisiera salirse, pero no puede.
Quisiera decir, pero no puede.





Soltar y reencontrarse con lo que profundamente los unió: un cuerpo, una esencia, una voz que corre y recorre la memoria, una historia. Historia que los empuja a la soledad misma, de un espejo, de una imagen. ¿Cuál será, entonces, el sentido de estar y sentir?, ¿será acaso que los amados mueren antes de conocerse y vuelven a nacer con un otro que los complementa?

Amar, temer y partir, he aquí la realidad de los amantes. Solos se buscan y reencuentran para compartir y desafiar los temores, él y ella, él y él, ella y ella, ellos, solos, muertos y temerosos, nacen en el otro como amante, y así, parten a su propio tiempo.

Sueltan el ego de esa soledad que los encontró sin saberlo, inconscientes, dormidos, extraídos de la propia realidad que los empuja, los atraviesa, los conmueve y los repele.

La voz que permanece intacta en algún laberíntico socavón del recuerdo retumba como tambores agitando la sangre, estimulando el corazón y moviendo los cuerpos, para retomar la misión del reencuentro.

El espejo que refleja el vacío inmenso del ego detiene ahí el tiempo, amados que mueren exhaustos y de miedo, se apagan en la intensidad del mañana, cuando el ruido blanco los despabila, los abraza, los guía.

Un beso que cierra la boca, que resucita al amante y lo abraza tan fuerte que pareciera devolverle la vida, o al menos un sentido de ella: AMAR.

Será entonces que lo que siempre una profundamente es ese extraño sentimiento de locura y muerte, el amor, de amantes, de amados, amor de amores... ♦



NO TE QUEJES
Cecilia Lage

MUERTO 47 • Maximiliano

No te quejes
Jesucristo llora sangre de esperanza
No te quejes
acepta que el ojo llora porque avanza

No te quejes
que no vale la pena
morir de miedo





Es larga y tediosa la tarea de conectar un lavarropas al hogar, pensó Rina. Con el nuevo visitante finalmente instalado en la cocina, supo que debía tener esa charla que jamás había considerado posible ni conveniente. Tomó sus Virginia y su billetera y les obsequió la compañía de sus llaves, una vez cerrado su presumido departamento.

Las primera de las dos cuadras que separaban su hogar de su destino, Rina las caminó fumando y pensando. Le producía dolor imaginar su mesa de luz atiborrada de pastillas. Pensaba a menudo en dejar de tomar aquel remedio que maniataba los síntomas, pero que también extinguía sus destellos.

En la segunda cuadra se dispuso a recordar las noticias de esa mañana y fabricaba imágenes que la ayudaran a entender los distintos actos de esa gran tragedia, que se representaba, de manera magistral, en todos los rincones del teatromundi. *Un mundo detonando de manera esporádica, que quemaba cráneos y familias.* Ella inventaba versos de poesía para no llorarlo y daba todas las pitadas que pudieran hacer falta para alejarse de la aventura de la tracción cotidiana.

Una vez que ingresó al local de la lavandera, pudo ver a Rosa planchando camisas y sonriendo, como siempre. Rina se acercó a ella con lentitud para despedirse por medio de un sentido abrazo y terminar confesándose con algo de vergüenza. Ahora sería ella misma quien recuperaría sus bombachas y haría oler mejor sus remeras. Y ya con el deber cumplido en cuanto a las correctas normas para tratar con camaradería al resto de los humanos, Rina finalizó la conversación con la lavandera para salir otra vez a la calle a hacer lo que más amaba: pensar.

Transitaba el recorrido de regreso analizando su presente. Rina sentía que había cambiado su afecto por aquello a lo que los hombres osaban llamar vida. No podía ignorar la profundidad de sus rencores hacia el planeta, ni tampoco dejar de percibir lo falsas y lejanas que le resultaban las fantasías. *No es un velo con lo que nos cubre la muerte, sino un veneno que corre por nuestras fibras desde una temprana edad del día.* La conciencia de estar condenada a muerte no le resultaba tan molesta como el castigo a una larga y profunda preocupación. Esa extensa duda era para ella cemento en los pulmones.

Un vecino del edificio imponía el final de su divagación, y después seguían el portón de ingreso, el ascensor y la puerta íntima. Había llegado la hora de enfocarse en aquel último y pequeño golpe para lograr concluir la consigna diaria: darle amor al lavarropas.

Rina abrió la lata gigante y le echó el jabón con aroma a peonías. La máquina despertó a la vida. Entonces encendió otro Virginia y acompañó a escasa distancia todo el proceso. Tal vez hubiera sido mejor que el trabajo del lavado lo siguiera haciendo Rosa, pero Rina se aprestaba a aprender el significado de intentar dar siempre un nuevo paso. Tampoco le resultaba feliz la idea de ocupar tiempo en aquello. Pensar junto al lavarropas Rina no podía, de hecho nunca lograba hacerlo mientras aguardaba algo. La situación de la espera le producía una ansiedad tal que toda reflexión se esfumaba. No podía hacerlo siquiera cuando formaba fila en los supermercados y las tiendas de ropa.

Cuando el estruendoso sonido cesó, volvió a sentirse relajada y se esperanzó con que quizás la concentración que ne-

cesitaba para realizar aquella ceremonia se fuera volviendo cada vez menos absorbente.

Rina sintió que la manta del amor ya no alcanzaba para cubrir sus miedos. Es larga y tediosa la tarea de lograr imaginarse viva, pensó Rina, y se sentó a escribir:

01 - Existenciales y Apocalípticos

Sabíamos que había un fin,
que había un fin concreto, sin reverso,
que todo acaba en terremoto sombrío,
y se elimina la vida por completo,
que no duele, ni encanta. Eso. Nada.

Existenciales y apocalípticos,
flotando con aleteos mundanos
siendo polillas de convento y polvo.
La muerte no ríe, ni llora, ni baila,
solo nos mira desde lejos, bebiendo. ♣



...y es que es tan un instante, que si parpadeás justo, te la perdés y con ella el deseo.

Pero sus ojos estaban abiertos, completamente abiertos, porque eso le había pedido a la anterior fugacidad, y además tenía la frase armada y la cabeza entrenada para soltarla al primer indicio de luz.

Entonces, la estrella atravesó el cielo, su frase el silencio y el deseo su corazón. ♦



Un espacio en negro
recorre mi rostro
trato de avanzar pero
pequeñas partículas tiran
mi cuerpo hacia atrás,
siento que estas
coinciden con las gotas que
lentamente se deslizan en mí.
Pienso que el caminar puede
ayudarme y no sé
hacia dónde me dirijo
veo que todo espacio está vacío.

La felicidad es algo que ocurre
cuando menos lo esperamos
—pensó en cliché—
igual cree que no le llega nunca,
o que por suerte nunca pasó
por ese estado.

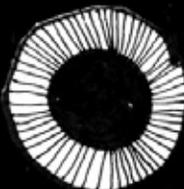
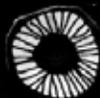
Veo a mi alrededor
el decaimiento de mi cuerpo
en un hogar reducido
vuelven las pequeñas aureolas
a golpearme
alguien de arriba tira su última
paleta
ya los colores están secos
solo el blanco ilumina el lugar
cae en mi cara
y ciega el futuro
inmerso en este lugar
donde solo lo comparto con
los insectos que crecen desde
mis pies
y con el pasar de los días
llegan a la cabeza.





Lo observa tras la esterilla. Y ama. Fantasea, aprecia, desea, anhela, quiere, planea, proyecta, construye, ansía, suspira, saborea, espera, aguarda, aminora, considera, permite, padece, calla, otorga, omite, ignora para, tiembla, tirita, trepida, huye, abandona, escapa, esquivá, evita, elude, sortea, corre, retrocede, regula, descansa, amaga, gira, vuelve, cree, retorna, regresa, reaparece, reanuda, avanza, acelera, pretende, ambiciona, aspira, imagina, codicia, conspira, cela, necesita, reclama, demanda, presiona, sollicita, requiere, solloza, pide, obliga, llora, implora, berrea, clama, siente, lamenta, añora, extraña, sufre, desangra, tolera, soporta, aguanta, resiste, sobrelleva, padece, sacrifica, disimula, digiere, condesciende, carga, sostiene, conlleva, acepta, cede, silencia, oculta, tapa, esconde, compara, critica, reprocha, objeta, reprende, censura, insulta, juzga, señala, califica, impugna, odia, aborrece, abomina, detesta, maldice, blasfema, calumnia, maltrata, lastima, atropella, fustiga, flagela, sanciona, despótica, condena, reniega, repele, rechaza, desprecia, desdeña, denigra, reprueba, destruye, ultraja, azota, hiere, tortura, hostiga, acusa, convulsiona, claudica, cae, fracasa, quiebra, naufraga, trastabilla, descuida, busca, pierde, olvida, altera, perturba, recae, teme, recela, sospecha, duda, desconfía y muere de miedo.

Él, no. ♠



Marisa tenía una frase que la dejaba pendiente entre las cosas, y además tenía una mentira convincente que guardaba para mí. Yo tenía una parte de Marisa, y deseos de dar vuelta por sus mentiras, y también deseos de tomar y estirar y torcer la cinta fantástica donde ella tan bien giraba y me envolvía a mí como en películas. Yo, de hecho, quedé enrollado en sus frases.

Marisa, sus frases, eran para mí como una cuadra con árboles, casas, negocios, fantasmas, la sumatoria de todos mis mareos. Veo ahora, en la carbonizada lámina del universo, volutas de humo convertirse en anillos de ceniza. En medio de la película, de un momento a otro, suena una canción. ♠



Paró en la esquina por orden del semáforo y suspiró. Algo en la lluvia desprolija que caía, la abstraía por un momento y le recordó aquella noche.

Estaba inmóvil, callada. Su cuerpo no respondía a su mente: necesitaba moverse, pero era imposible; quería preguntar, gritar, pero no la dejaban. Sus ojos inquietos podían expresarse y lloraban, solo lloraban. Sabía, sentía que en algún lado, no muy lejos, él la esperaba, y eso lo hacía más insoportable. Tenía el recuerdo de unos pocos segundos juntos y una foto en el celular; la miraba y sentía morir de amor absoluto y pánico.

Respiraba hondo y todo otra vez: inmóvil, callada, infausta.

Alguien golpeó su hombro cuando comenzaba a cruzar la calle, mientras su suspiro se volvía imperceptible. Secó la lágrima que caía por su cara y siguió caminando bajo la lluvia, que seguía cayendo desprolija. ♣



#53

Juan Pablo Echenique

MUERTO 53 • Martín

Tiempo profundo,
la rígida esfera
humedécenos.





The long shadows of lifeguard towers shrouded the moonlight bouncing off the ocean in darkness as Eli and Meredith walked along the beach. It was well after closing but the pair didn't seem to care. They splashed in the water, chased birds and laughed until they couldn't breath. Meredith chased Eli onto the boardwalk and through the food court filling the night sky with the moans of wood and echo of their steps. They fell into a heap of themselves and Eli took Meredith by the hand as he had done so many times before. He lifted her up and they walked arm in arm to the end of pier. They sat on the bench they had carved their names in and reminisced. Together they sat alone, talking and contemplating life, death and the immortality of the soul. They watched the moon disappear below the horizon as the cool ocean air gave way to the fresh smell of morning. At sunrise, Eli stood, alone again and walked home to an empty house filled with memories. He crawled into bed and waited for the night to come so he could spend his life, and her afterlife, intertwined in the eternity of the soul. ♠

La luz de la luna envolvía las largas sombras de la torre del guardavidas en la oscuridad del océano cuando Eli y Meredith llegaron a la playa. Era muy pasada la hora de cierre, pero no pareció importarles. Jugaron en el agua, persiguieron pájaros y rieron hasta perder el aliento. Meredith siguió a Eli hasta la rambla, a través del comedor vacío, y los chirridos de la madera y el eco de sus pasos llenaron el cielo de la noche. Ensimismados, Eli tomó a Meredith de la mano tal como había hecho tantas veces. Luego la alzó y caminó hasta el final del muelle. Se sentaron en el banco en donde habían tallado sus nombres y evocaron tiempos pasados. Juntos, a solas, hablaron contemplando la vida, la muerte y la inmortalidad del alma. Observaron la luna desaparecer en el horizonte mientras el aire frío del océano daba paso al aire fresco de la mañana. Al amanecer, Eli se paró solo, otra vez, y volvió a una casa vacía llena de recuerdos. Se metió en la cama y esperó a que llegue la noche. Así podrían vivir su vida juntos, él acá y ella en el más allá, entrelazados en la eternidad del alma. ♦





Hija de un dios lujurioso
y una virgen sanadora
gesta la gota en su cuenca.
Ella ríe,
pero todos creen que llora.

No la asusta el remolino
ni el espejo que le miente,
cae la gota y ella siente
que lo que siente es divino.

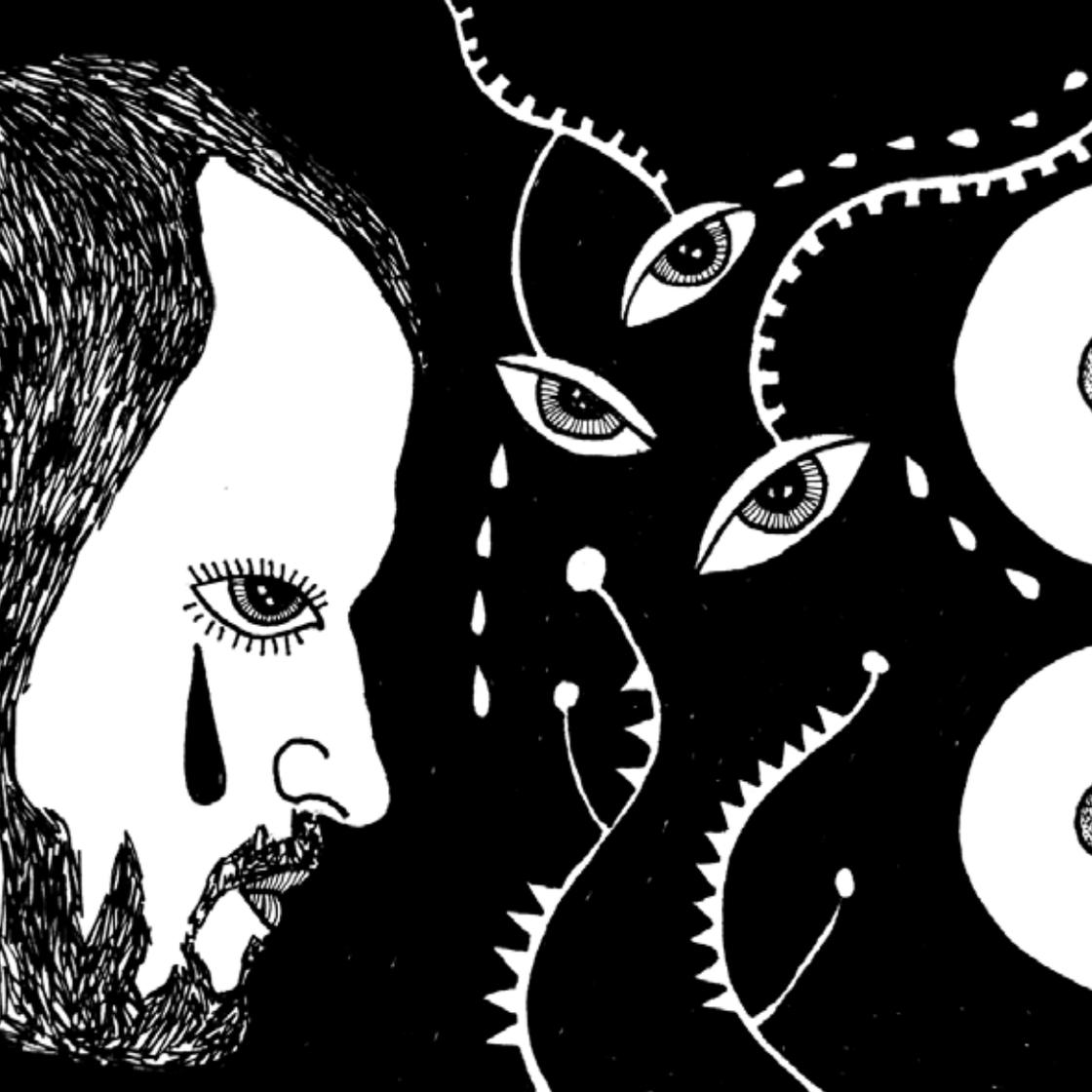
Mientras sube se hace fuerte
cuando baja se relaja
no discrimina en su viaje
(sí puede sacar ventaja,
no todo es cuestión de suerte).

Y en su limbo todo vale:
lo que no sabe lo inventa
lo que no puede lo intenta
y todo lo que entra, sale.

Psicodelia de entrecasa,
del valiente centurión
nada queda, todo pasa,
no paramos hasta Orión.

Se enamora del absurdo
ya desnuda de pudor
y lo vive como quiere,
muerta de miedo y amor.





Me resulta difícil recordar cómo morí. Todo fue gradual y muy distinto a cómo imaginaba que podía ser la muerte. La creía más abrupta y traumática. Pero no.

En el último tiempo en que estaba vivo recuerdo que iba viendo cada vez menos. La imagen de los objetos se desdibujaba en forma progresiva e imperceptible. No era algo que sucediera en mí, era el espacio que la contenía el que la devoraba cada vez más.

Ese maldito espacio. Esa diminuta oficina. Es increíble que siga aquí, encerrado. Es increíble que haya perdido casi todo el contacto con el exterior. Pero más increíble es que, como no puedo ver nada, haya olvidado casi completamente cómo era.

Sin embargo, esto que cuento no es lo que me dio miedo. Hay algo más. Algo verdaderamente siniestro: los malditos faroles magenta. Ya había logrado acostumbrarme a la penumbra cuando, como si surgieran de la nada, se encendieron unas luces magenta de altísima intensidad. Grité. Inmediatamente, descubrí que hacía mucho que no escuchaba mi propia voz.

Las luces eran sólidas e inmóviles. Se filtraban por una persiana mal cerrada. Encandilaban. Quemaban. No las soportaba y, como en los sueños, no encontraba forma de cubrir la maldita ventana para no verlas.

De pronto se apagaron. La calma volvió y respiré aliviado. Mis ojos ya no lloraban. La tortura había cesado. Ahí fue la primera vez que tuve la certeza de que mi muerte estaba cerca. Creo que tenía fiebre, pero no deliraba. Estaba perfectamente consciente y en paz.

Pude descansar durante un tiempo considerable hasta que la pesadilla comenzó otra vez: las luces magenta volvieron a encenderse. Las odié más aún. Sabía que no podía hacer nada para evitarlas. Solo esperar que desaparecieran. Pero permanecían.

Fue así que mis ojos se acostumbraron a la nueva situación y co-

mencé a ver la habitación, ahora iluminada por los demenciales faroles. Descubrí que con esa luz la oficina de siempre se veía bella. Hasta hacía suponer que mi muerte no estaba tan cerca. No sé cuánto tiempo pasó, pero los faroles magenta comenzaron a agradarme y a resultarme necesarios. Creo que pasaron días porque recuerdo haberme dormido y despertado varias veces acompañado por su luz... hasta que un día desperté en la más absoluta oscuridad. Al principio me angustió esa ausencia, pero sabía que volverían a encenderse... Era cuestión de esperar. Pasó mucho tiempo. Quizás millones de años. Las luces no regresaron y mis ojos no pudieron acostumbrarse a la oscuridad esta vez. Dentro de esas tinieblas espesas todo se veía extraño. En realidad, no se veía nada. Pero era monstruosamente deforme. Mi respiración disminuía. Si antes me costaba moverme, ahora me era imposible. Apenas estaba consciente para registrar cómo iban cesando lentamente las acciones vitales de mi organismo. Y así mismo era extraño. Era muy obvio que la muerte no podía ser eso. Finalmente, dejé de respirar y de existir como humano. Ahora estoy en la más absoluta oscuridad, pero sé que sigo en el mismo lugar. Todo está quieto, pero no muerto. Es difícil explicarlo. De pronto, a través de mis párpados cerrados, percibo un súbito resplandor. El solo intento de abrir los ojos me hace llorar. Sé que están ahí otra vez para hacerme descubrir que no estoy muerto. Sé que no respiro ni late mi corazón, pero comienzo a moverme. Percibo sonidos que antes no percibía. Percibo nuevos olores. Hay olor a sangre fresca. Descubro, sin sorpresa, que el olor a sangre me da sed. ♠





Fue ella la que lo encontró con la mirada ampliada y vacía frente al estanque. Él vestía los pantalones grises de siempre, los tiradores caídos, el torso, los tobillos y pies desnudos.

El cuerpo parecía intacto aunque rígido y polar, velado por una fina capa de rocío tropical que le daba mayor densidad a su figura recortada contra la silla.

Las manos de uñas veteadas todavía ejercían presión sobre el diario de la mañana que se desarmaba por la fuerza de la gravedad, formando una escalera de hojas hasta el piso.

Se acercó y le palpó la boca cerrada hasta que la lágrima suspendida en la piel porosa se hizo foco en las pupilas de ella.

Vio el reflejo de los camalotes y los insectos frenéticos contenido en el cosmos de ese mar muerto. Se alejó con pasos suaves, mientras guardaba el dedo húmedo en el bolsillo izquierdo de sus jeans con manchas vegetales. ♠



Los caminos se bifurcan
los sueños se desgranar
de los miles de pedazos
se elevan filigranas.

Que llevan tormentos
a un Olimpo de lamentos.

Historias sesgadas
truncos intentos
evaporados cimientos
forman nubes viciadas.

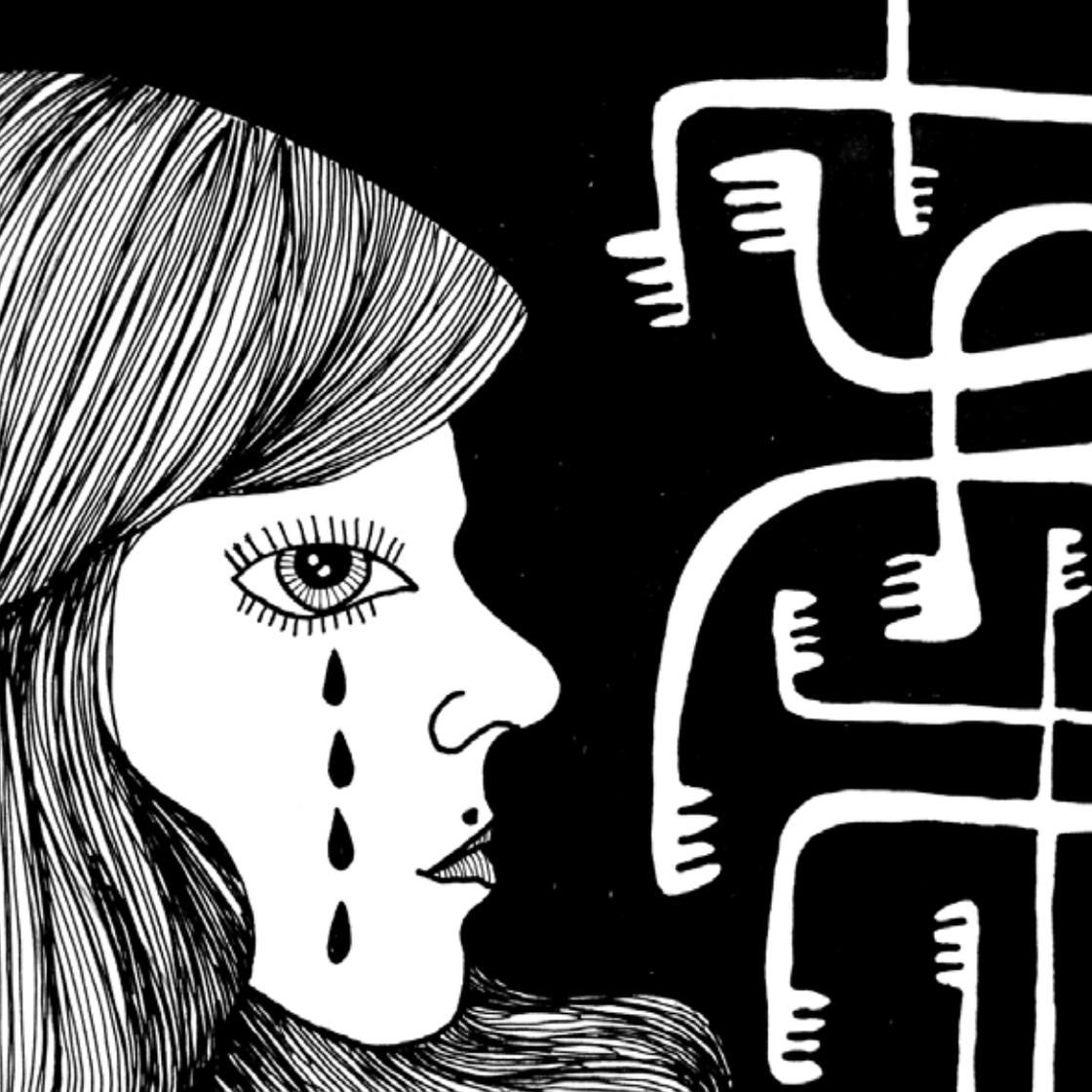
Que se precipitan y riegan
campos inciertos.

Y florecen entonces
pastos verdes en donde
nadie creía que un hombre
podía llegar.





22. El cuadril parece tierno. Mientras espera que llegue su turno, Patricia toca unas flores de plástico y descubre el empaquetado vacuno. 23. La mosca esquiva el mostrador, sube hacia los chorizos pendulares y va directo a posarse en el lomo de un novillo (un póster amarillento, mal pegado contra una mancha de humedad). 24. A Patricia le conmueve que el afiche la haya engañado: pobrecita, piensa, cómo se agarra, cómo traza círculos inútiles. 25. El carnicero presume un baño de sudor ácido; afila su cuchilla preferida y observa de reojo al insecto. Le da un trapazo. La mancha negra, aturdida, planea sobre la máquina de picar carne, pero vuelve a posarse en la vaquita de papel. 26. Patricia suspira como si su interior fuese una nube de moscas. 27. Él no se resigna: enciende la luz celeste para electrocutarla. La mosca se acerca, duda y vuelve al novillo. Su zumbido dulzón parece festejar el hedor de la carnicería. 28. Queda poco. Mientras la mosquita juega con el ternero, el carnicero arroja un manotazo impío y la convierte en un amasijo de alas. 29. Patricia no gimotea; huele las flores de plástico del mostrador y saca un frasco del bolsillo. El carnicero la mira, afila, se relame. Ella desenrosca con cuidado: adentro toorean las demás moscas. Luego, 30. ♠



La sombra que mece la cuna saluda a Mara con un asentimiento de cabeza. Esta no le responde: finge que no la ve. Quiere creer que no está. El ritual se repite con desordenada periodicidad. La parte desordenada es lo que más tortura a Mara: sabe que se repite, pero no sabe cuándo. El encuentro le provoca lágrimas negras. Siempre. Una por cada niño que se llevó. Aprieta los labios y sostiene la mirada, porque no quiere demostrar miedo. La figura no tiene rostro pero aún así Mara la sabe sonriente. Y la piel se le pone de gallina cuando las manos le acarician el cuello. Piensa en rogar pero la voz se niega a salir cuando lo siente en su interior. Las descargas eléctricas le hacen perder la noción del tiempo.

Cuando se recupera, está sola otra vez. Sabe que no podrá contarle a nadie, que nunca vendrá más que por un rato y -sobre todo- que la desea con la misma intensidad con que la odia por no corresponder. Las marcas acumuladas en su cama y en su cuerpo dibujan de a poco una protesta cada vez más elocuente. ♦



La mujer lloraba en silencio. No quería despertar a su marido. Era la tercera noche seguida que la penetraban contra su voluntad. Se limpió con la sábana sin desarmar la cama.

Dios miraba la escena desde todos los puntos del cosmos. Su rostro lo reflejaba todo. Los pibes crudos del ángel no servían para la concepción. ♠



Hacia un mes que todas las noches aparecían en mis sueños. Nunca había pensado en ellas de esa manera hasta las primeras pesadillas. Estaba asustado. No entendía por qué insistían con la venganza nocturna, por qué me acosaban con miradas que rogaban piedad.

Las conocí en el trabajo. Era una tarea que no me gustaba pero que tuve que aceptar para sobrevivir. Diez horas, seis días por semana, guiándolas hasta la muerte. Cuando entraban al tramo final, yo siempre desviaba la mirada. El trabajo es el trabajo, me decía, no puedo hacer nada.

Hasta que aparecieron en mis sueños. Estaban distintas: hermosas, vivaces y sus ojos transmitían una dulzura desconocida para mí. Al tiempo, comencé a despertarme agitado, sufriendo por no poder evitar su sacrificio. Ya no era bueno en mi trabajo, ahora sentía el dolor de su destino inevitable. Pasó un año hasta que lo decidí. Fue una noche a última hora. El miedo me latía en el pecho y algunas lágrimas acompañaban mis movimientos. Entré al salón oscuro y las miré de cerca unos segundos. Acaricié sus lomos y las imaginé libres como en mis sueños. Tomé aire y, con el corazón acelerado, les abrí la puerta para que recorrieran, por última vez, aquel pasillo ensangrentado. ♠



¿Dónde dejé mi voluntad? ¿Huyó de mí?
O, tal vez la solté.
¿Tú te la llevaste?

La envolviste en papel y la guardaste en tu bolsillo.
Y ahora... regreso a ti cada que intento encontrarla.

¡Recógela si la olvidé en tu cama!
Dámela aunque esté violada por tus amores. Aplastada por las
nuevas nalgas que se posan sobre mi lugar; aquel que descuidé
por mirar hacia delante.

Ahí donde apagué la luz, y moví el techo para ver la
galaxia entera.

Intuyo que un día se despertó sobresaltada buscándome.
Confundida por esos ojos locos, chocó con la ventana para luego,
caerse entre las rosas.

¡Devuélvemela!
Invéntame un cuento de felicidad mientras conduces, llévame a
Oaxaca y dime que solo es un lugar para soñar. Haz que cuando
regrese reconozca todo y anhele volver, porque allá, es una tierra
de sueños.

Llévame una vez más a la playa, y dime que un día regresaré feliz
sin ti.

Cómo me ha costado tu cobardía,
al haberme quitado el piso crujiente durante la madrugada.

¡Reconstrúyelo!

Y déjame sobre tierra firme porque desde entonces,
no he podido caminar.

A las 00.18 me sentí vacía.

He aquí el amor y la tristeza impregnando tantos meses,
atormentados por unos cuantos porqués.







Algunas noches hay espíritus velando los rincones
ellos se mueven alertas frente al descuido
cuando se esconde el sol resucitan muérdagos
siembran espinas en mi cuarto
retienen la respiración
pero no son invisibles
los reconozco sin mirarlos
los escucho sin oír
los suspiro exhalando toda la ausencia
hasta que vuelvas





El aplauso afuera aumenta y se vuelve fragor. Me pongo de pie con dificultad y trato de espiar por el cortinado, pero inmediatamente un dolor indecible, un alambre de hielo, se me clava por el pie y perfora la pierna hacia arriba, hasta hundirse en mis encías. Y allí se queda, latiendo. Miro la herida: hierve desde anteaayer, como mi cabeza. Cada vez más negra. Algo se pudre ahí dentro. Ayer, durante la prueba de comer grillos, sentí que se me hacía un agujero y esta mañana en la prueba de pedalear, mientras me arrancaban una muela, el agujero en la pierna ya era enorme. “Tengo que ir ya a un hospital o la pierdo”, me digo en voz alta, y es una letanía que ya repetí antes y que ahora se mezcla con los aplausos de afuera.

Pero no puedo. Llegué hasta la final: si me voy, desapareceré. Pero si salgo y gano, será la gloria. Y me recordarán, que es la única forma de escapar a la muerte. Porque si conseguir la fama es llegar al Purgatorio, perderla es el mismo Infierno. Afuera gritan mi nombre. Aprieto las vendas, me seco la frente y salgo al escenario, renqueando. ♣



Seguimos sin hablarnos.

Nos miramos en la oscuridad. Pero nada más. Algunos reflejos, algunas simetrías.

Nos ocultamos al mismo tiempo.

Intuyo que al no mirarlo, la evasión se hace recíproca. Como espejos enfrentados. Como tentáculos de plomo fundido.

Hoy entré en la habitación y me miró. No soporto el peso de sus ojos, su mirada errónea. Alguna mueca sin empatía. Siempre igual. Si hablamos, nos solapamos, pero eso nunca pasa. Como el silencio: nunca se dice nada.

Finalmente, una iluminación. Un fulgor intermitente. Luz fluorescente. Toma una afeitadora y desangra su patilla. Me mira. Un gesto ridículo. Seguimos sin hablarnos. Como pasa con los espejos. ♠



Para llorarla de manera organizada, metieron el cuerpo frío de Victoria en un cajón. Antes, le llenaron la boca con algodones y pegamento, maquillaron su cara y le pusieron su vestido preferido. Los vivos suelen creer que los muertos deben guardar las formas e ir arreglados a enfrentarse a los gusanos.

Cuando hablan las estrellas algunos vivos hacen silencio. Inclinan el cuello y no pestañean porque saben que pestañear es perderse un instante y, para el tiempo de las estrellas, un instante y la eternidad arrancan y terminan a la vez. Fue una de esas noches, que leía entre las líneas de los versos del universo, que Victoria entendió.

—¿Por qué la vida es tan injusta? —lloró una señora cerca de las coronas que colgaban, y no trató de escuchar una respuesta.

—La vida no es injusta. Hay que nacer y morir, nacer y morir. Como las estrellas que nacen y mueren, y las galaxias que nacen y mueren. Bailamos el latir del universo —dijo Victoria, suspendida en el instante, y nadie trató de escuchar su respuesta.

—¿Por qué es tan difícil entender? —preguntó un señor, que no lloraba porque hacía fuerza, y no esperó una respuesta.

—La verdad es un yuyo, que crece en todos lados. Para entender hay que hurgar en la complejidad de lo simple —dijo Victoria, suspendida en el instante, y nadie esperó su respuesta.

—¿Dolerá morirse? —una nena y su curiosidad miraban el cajón. Algo, en una brisa apenas perceptible, le trajo la respuesta que buscaba. Disimuló su sonrisa. Le habían dicho antes de entrar que estaba mal sonreírle a la muerte.

—Morirse es como septiembre. Por la brisa, los colores explotando y el olor de la tierra mojada —dijo Victoria, suspendida en el instante, y una nena sonrió tratando de disimular. ♠



Bajo porque Ema nunca toca el timbre. Es una ceremonia que alguna vez fijamos sin decirlo: manda un mensaje, tomo el ascensor, ella sube. Creo que le molesta escuchar mi voz a través del aparato. Nos conocimos en un pub donde suelo cantar los viernes. “Pájaro”, me dice, porque le recuerdo a un tío suyo al que le decían “Canario” y también cantaba. Sé que vive con uno de sus hermanos y que perdió un marido. Le gustan los perros con manchas, el mate, la alita, Berni, Luca, Olmedo, o el cielo en el balcón y fumar, La Boca, cuarenta y seis pastillas, el vino, la luna, las rimas. Es de esas que olvidan su belleza o no les importa. Ema “besitos de sanguijuela”, Ema “líbido de mantis”, jodemos. Le cuelga un collar con un mandala complejo, un centro vacío en el que antes –jura– había una piedra que brillaba. A veces, entre sueños, putea o se lamenta. Tengo esa impresión recurrente de que no siempre recuerda de dónde me conoce. El sexo es bueno, pero la noche es un camino difícil. Al final quedamos en vernos otro día, quizá pronto. Casi nunca la espero (ese vacío sin piedra), la olvido. A veces me pregunto dónde quedará todo esto que hacemos tan bien ahora y que no llegará al amor. ♠



Quise escribir algunas palabras
en su homenaje. No pude.
Intenté describir lo visible:
su ojo inquisidor
sus lágrimas eternas
la oscuridad que rodea su rostro pálido.
No lo logré.
Indagué. Tracé esquemas.
Me situé en el frío. Forcé el llanto.
No resultó.

No redacté su obituario
no canté su réquiem.
No leí tembloroso un panegírico sentido
no escribí sus memorias

solo permanecí aquí.





Huele a rosas blancas y demasía de madera.
El agua de las seis le recuerda su hervor.
El yuyo del mate cuenta las noticias.
Enfrente, la ventana; del otro lado, 43 grados.
No cree pero reza. Por desmedida. Por puta. Por atroz.
El agua cae.
Enfrente la ventana y, de este lado,
ella se salva.





Nunca supo bien lo que quería. Solía sentirse presa de esa indefinición que algunos habitan sin demasiados reparos, pero ella no podía evitar mortificarse por eso. Sus días transcurrían entre abrumantes y atrapantes dilemas. A veces se preguntaba si tenía sentido, otras deseaba silenciosamente nunca encontrarlo. Como todas las noches, sus caminatas nocturnas se llenaban de preguntas, y volver a su casa en ese mutismo ruidoso de su cabeza era un martirio necesario. Ese día insistió en el mismo trayecto, pateó la misma piedra en su camino y allí parada frente al mismo helecho colgante que coronaba la entrada de ese largo pasillo, lo vio en la oscuridad. Él la nombró y pudo verlo más claro todavía. Escucharlo evocaba tantas sensaciones aquietadas durante años. Las lágrimas se confundían entre el aturdimiento y la emoción, pero seguía paralizada. Sintió que bordeaba ese enloquecedor vacío pero esta vez podía contornearlo en su perfil. En un instante lo odió, lo amó, lo besó y lo empujó sin poder moverse porque ahí mismo murió de amor y de miedo, que en el fondo son lo mismo. Entre tanto desconcierto, él desapareció del mismo modo que había llegado y ella dudó si aquello había sucedido. Su respiración entrecortada le recordó que ese encuentro fue más real que ninguno. Y desde entonces su andar fue otro. ♦



en un estado
de letargo indeleble
una pausa evolutiva

unos ojos que miran

esa duda
que gotea
desde hace un par de meses

ese mar de certezas
en el que ahora estoy
despierto

me petrifica el aliento





(Último Acto)

Oficina, entrada la noche. Hay un escritorio abarrotado de carpetas y papeles. A un costado Laura está parada observando la nada.

(Entra Juan, silenciosamente).

Juan. –Buuu, ja, ja, ja.

Laura. –¡¡¡Idiota!!!

Juan. –Ja, ja, ja, ja, ja. ¿En qué pensabas?

Laura. –¿Qué hago yo acá?

Juan. –Ah, simple: ¡estás trabajando!

(Laura lo mira y no sonríe, él toma papeles del escritorio y comienza a leerlos. Pausa).

Laura. –Amaba el circo. Quería ser trapecista, viajar por el mundo. Y estoy acá, en una oficina que me ahoga.

Juan. –¿Qué?

Laura. –Cuando era chica papá nos llevó al circo. No entramos porque no alcanzó la plata. Ningún chico debería tener una desilusión.

Juan. –¿De qué hablás?

Laura. –Cuando el malabarista se enteró de que nos habíamos quedado fuera, se acercó e hizo juegos con sus aros. Los hacía volar tan alto que parecía tocar las nubes... Yo pensé: “Me escapo con los del circo”. Quería usar los trajes brillantes de las trapecistas. Vivir entre payasos, enanos y toda esa gente que parecía no encajar en el mundo real.

Juan. –Ja, ja, ja. Como abogada te va bien *(se levanta y va hacia la puerta)*. El circo no vale nada. Esa vida te hubiese destruido *(sale)*.

Laura se sienta en el escritorio mientras van apagándose las luces.

Laura. –La vida no te destruye ni te mata. Está en uno dejarse destruir o morir en vida.

TELÓN ♠



Duele la sangre. Savia inerte en mis venas laceradas.

Duele la voz en mi garganta asfixiada.

Duelen las lágrimas rebasadas de nostalgia.

Duele el corazón despedazado de esperanza y de espera.

Duele. Me duelo. Dolor doliente.





Se levanta asustado como una hoja seca a la que el viento acaba de elevar y ve, a través del ventiluz de la puerta, apenas tapado por un trapo negro, un cono de sombra que se dibuja contra el techo. Hay alguien del otro lado.

Hay algo del otro lado.

Carraspea como para hacerse notar. Nada le da pelota: las cosas en la habitación siguen igual de torvas.

—Quién es —dice, tratando de darle tono de pregunta.

Está solo y en el patio hay algo que proyecta un cono de sombra por el sol de la siesta.

Debería estar solo.

—¿Quién es? —exige, ya nervios recién despiertos, masa amorfa expuesta por un accidente.

Por la altura debe ser una mujer.

—QUIÉN MIERDA ESTÁ AHÍ —grita en histeria, mandíbulas inflamadas de gato enojado.

El cono de sombra se va, ya no hay nada más que lo pueda julepear. Queda estático mirando las arañitas.

Gira para seguir durmiendo, con el corazón al galope.

Golpean suavemente la puerta. ♣



No quiero mostrarte todo
que sepas que odio dormir sola
que el plato único en la mesa
es una postal que rompo todas las noches
ese miedo de abandonar las armas
de mirarte fijo aunque tiemble
y dejar que saltes al vacío
que conozcas los escombros que me habitan
buscar que mueras de amor sin saberlo
atraparte en este paréntesis
(al miedo nunca se lo mira de frente
pero si vienen los fantasmas
sé que al cerrar los ojos
se espantan)





Nadie dice nada.
Como en el cuento de Carver.
Y yo me deshago en rayos
de plata y haluros
como un relámpago planta,
bonsái
de hibiscus y madreSelva,
lloro un penacho de algo, una ficha
que se come la contestadora automática.

Así
resopla la muralla
asesina de tus ojos
en puro cristal de bohemia,
de sándalo y porro,
de cuencos vacíos
inhabitados
en la pálida estepa
que me has dejado en suerte.

Un territorio
heredado,
de mugre en los zócalos.

Fulero como pincelada de mierda.
Morite, nomás.





Cuando nació, sus padres tuvieron grandes diferencias en la elección del nombre. Papá quería que se llamara Ana Clara y mamá, Blanca Nieves.

Y, para sellar el final del matrimonio Monte Marino, la dividieron salomónicamente, como hacía el carnicero con las costillas del asado del domingo: al medio, de arriba hacia abajo. Mamá quedó con el lado izquierdo, papá con el derecho.

Ana Clara Blanca Nieves Monte Marino creció con tal inhumana independencia que llegó a entrenar su ojo díscolo para que le desobedeciera. Ella era una mitad; el ojo la otra. Su vida, media vida.

Ella buscaba casas en alquiler, él armaba citas en clubes nocturnos.

Se pasaba horas leyendo la sección XXX sin querer, hasta que perdía su paciencia solo para poder ejercer el único poder que tenía sobre él: cerrar el párpado.

Media vida con un solo ojo, parásito indócil y promiscuo, que crecía en sí mismo confundiendo el lagrimal con el orificio nasal, hasta que decidió cortar de raíz la rebeldía.

Con la valentía que se necesita para enfrentar el miedo que genera tocar algo que se sabe que va a doler, Anita Clarita Blanquita Nieves, clavó sus dedos y abrazó su globo ocular con extremada suavidad. Giró hacia la izquierda y hacia la derecha repetidamente hasta que encontró el nervio óptico, rígido, deshidratado, resentido, adolorido.

Con su única mano (la izquierda) lo extirpó y lo depositó sobre una cama de gasas.

Una vez liberada la mano, lo untó y fue ahí donde se produjo la comunión del bruto enamoramiento que los redefinió, otra vez, como uno y otro.

Lo había conquistado, solo necesitaba un poco de crema. ♠



En la frontera construyo la torre siguiendo en detalle los planos de algún pueblo perdido. Es un entramado complejo y perfecto que imagino se garabatea espléndido en el horizonte: no lo sé; nunca salgo de aquí. Mi torre es una enredadera que se enamora día y noche del cielo.

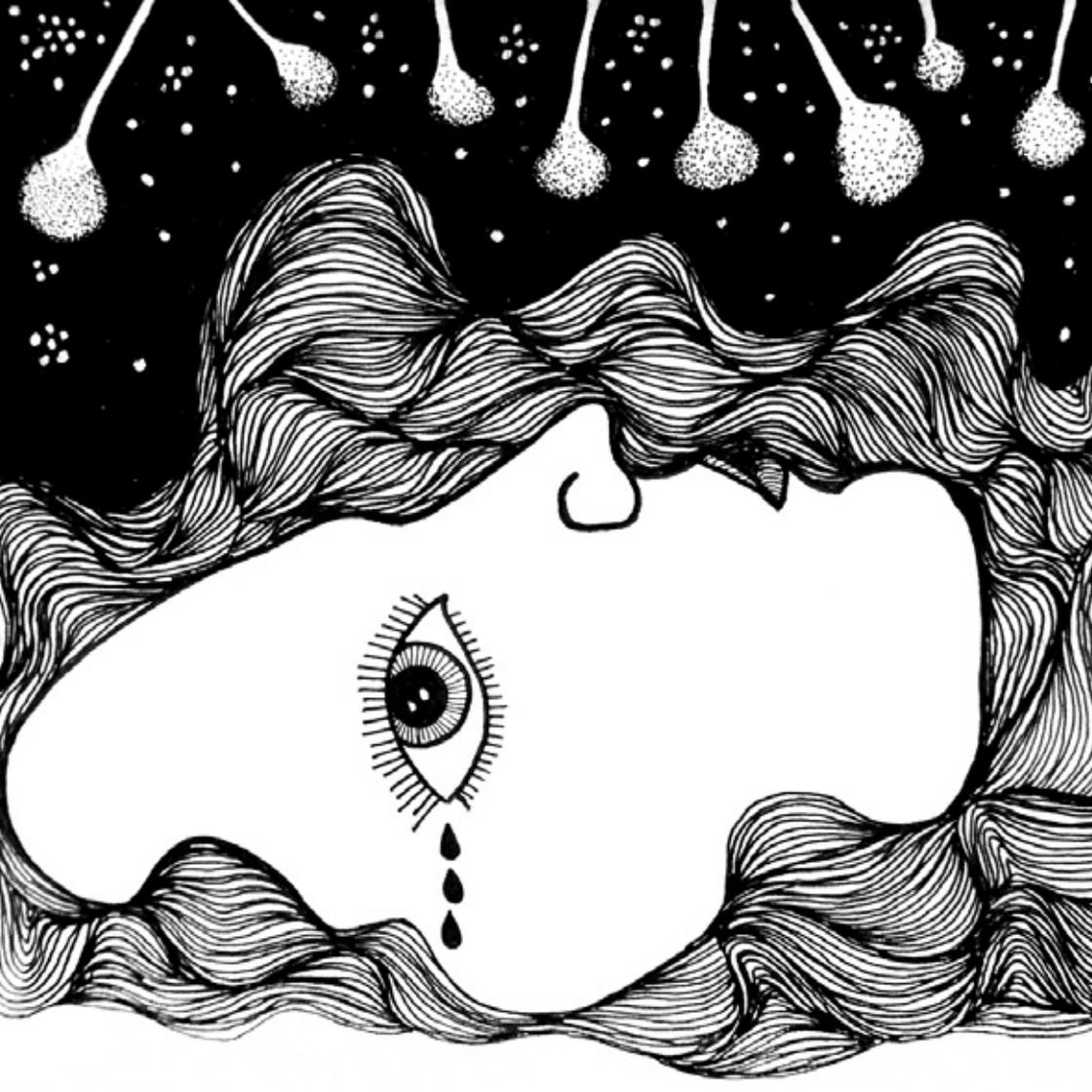




El clip no le pareció muy bueno, pero igual acabó. A su alrededor: servilletas de rolo de cocina, los auriculares enredados. Apenas recostado sobre el gastado respaldar de su silla reclinable, dándole el mismo precario soporte que los calzoncillos arremangados a sus testículos, escuchó los pasos en planta baja antes de pensar en cuántas vueltas dio la llave. Con los shorts por las rodillas y el pene chorreando todavía, se apresuró a salir de la habitación. El perro traqueteó torpemente a su encuentro, embistiendo con furia a los gusanos que se balanceaban siempre a los pies del amo. Él no se preocupó por esto. Solo tenía que bajar rápido, más rápido que la otra llave, más rápido que el mecanismo falseado de la cerradura, así que no se preocupó por esto. La otra llave, diez escalones más abajo, ya salía de una cartera estampada. El perro atacó, excitado, esquivando por un pelo a los gusanos, pero trabando los pies del amo en el séptimo escalón. Para cuando la puerta se abrió, el amo ya no se preocuparía por nada, nunca más. ♠



Este mundo esta plagado. Su evolución permanece conspirada por la existencia de Seres que pasan desapercibidos; de Seres que se pretenden ajenos y desobedientes al todo o a lo que se presupone, o impone; de Seres lógicos y racionales; de Seres en forma de mariposa; de Seres especuladores y pragmáticos; Seres que se quejan y se conforman; Seres presumidos; Seres bondadosos y desconfiados; Seres estructurados; Seres improvisados; Seres impensados; Seres agnósticos y creyentes; Seres serios y Seres ceniceros; Seres libros; Seres bocetos; Seres precarios y Seres de bronce; Seres a un costado; Seres alienados; Seres enseres y Seres cerezas; Seres exploradores y Seres altruistas; Seres coloridos, Seres transparentes; Seres tiempo y Seres espacio; Seres idealistas e irreverentes; Seres encerrados dentro de Seres; y Seres que se sospechan libres; Seres espantapájaros y Seres acariciapájaros; Seres que mueren sin nacer, y Seres que renacen sin morir; Seres fingidos y Seres asimilados; Seres de plastilina y de goma eva, Seres impugnados y Seres que prescriben; Seres instantes y Seres infinitos; Seres inoportunos de felicidad por que anhelan; Seres pretenciosos de restaurar o revocar vidas extrañas; Seres insoportables; Seres radicales; Seres de viento, mar, hoguera y fango; Seres de invierno y de verano; Seres desnudos y Seres envueltos; Seres permeables y Seres estériles; Seres sin ser; y Seres siendo. ♣



HONGOS
Anna Serguéyevna
MUERTA o i • Alejandra

La cabeza se desplomó bajo un cielo de tetas exprimidas. Y brotaron, solo de un ojo, lágrimas de barro. Un destello de lucidez iluminó el rostro lívido. ¡Corten! ¡Va de nuevo! ♣



Ya había pasado por esto, las noches de invierno no eran de su agrado. A su alrededor podía ver siluetas más oscuras que la oscuridad y el brillo desconocido que había traumatado su infancia.

El frío empezó en el borde inferior del mentón y se hizo profundo. Aunque el dolor la hizo gritar por dentro, no pudo moverse, ni emitir sonido. El brillo se deslizaba por su tórax. Su cuello ya estaba abierto y percibía cómo esos dedos –largos, húmedos y puntiagudos– hurgaban su carótida.

Sintió cómo la abrían.

Rodearon su ombligo cortando por la izquierda, bajando hasta el ruido del choque contra un hueso.

Su sangre chorreó caliente mientras le levantaban las costillas. Su corazón latió intensamente y quedó al descubierto. Notó esos dedos espinosos en sus vísceras, las mismas que no durarían mucho unidas a su cuerpo.

El frío volvió al mentón y, paralizada, sintió más allá de su cuerpo muerto.

Con un corte alcanzaron su lengua por la garganta y tirando de ella le sacaron los órganos.

Veía cómo jugaban, mientras la sujetaban, y ella solo pudo llorar dos lágrimas mientras el frío se colaba por su oreja. ♠



Se sumergió real en esa flor, cual espejo de agua, y una tras otra,
vio pasar todas aquellas miradas a las que temía.
Se fragmentó en el reflejo hasta desaparecer.
Jamás volvería a construirse en esos, los ojos ajenos.
Murió.
Sonrió. 💧



Contemplaba absorto las vidrieras de la zapatería, pero no como las señoras que cubren su deseo con cuerina barata, para él toda vidriera se volvía espejo, solo parecía querer cerciorar cada ciertos pasos su existencia, imantado a su reflejo. El narcisismo posmoderno ya no parecía ejercicio de charcos.

Pensaba, que había menos soledad en la inercia de los maniqués amputados. A veces me lo imaginaba bailando con alguna de estas elegantes señoritas de plástico; otras, tenía la idea de regalarle un espejito de bolsillo y facilitarle su tarea. Cada vez, por nombrar de algún modo la cronología incierta de la infancia, se lo veía más perdido entre las vidrieras del centro, exhibiendo sus andrajos como guirnaldas de su desventura. ¿Habrá querido zambullirse en su propia mirada cuando atravesó aquella vidriera, quedando cubierto de sangre y vidrios, mientras las señoras seguían revolviendo indiferentes los saldos? Ya no lo vi más después de esa tarde. Mamá aseguró que había conseguido un empleo cama adentro en un laberinto de espejos, bien pago y hasta con obra social.

Ahora mientras me miro, quizás cerciorándome la existencia, con la boca llena de dentífrico, pienso en llamar a mamá y propinarle un insulto que la haga confesar los engaños de los finales que me inventó, o seguir la tarea matutina y no perder el colectivo. ♠



Samira lloró
hasta inundarse los pies.
Los vio metidos en el barro.
Plantados.

Samira lloró
hasta sentir verdecer.
Las piernas erguidas espinaban
una tristeza de amor
a flor de piel.

Samira lloró
hasta ver sus brazos tendidos al sol.
Lo recibió con las palmas abiertas;
hizo de su amado una flor.

Y le agradeció a la tierra.





...y al final de toda esa extensa e inocente conversación sobre los gatos, los domingos y la tristeza, agregaste: “Te quiero viva, corazón”. Fue hermoso, pero no alcanzó. ♠



Apareció cuando me disponía a disfrutar de la soledad postcena. El placer silencioso que brinda un buen cigarro se quebró al verla. La saludé con remordimiento. Hacía años que no me visitaba. A pesar de que no podía ver bien su cara, percibí la misma mirada triste con la que siempre me miró papá.

—¿Cómo estás? —pregunté. Ella caminó hacia mí sin abrir la boca y extendió un brazo hasta que le di el cigarrillo. Mantuvimos un silencio incómodo, como esos que pactábamos cuando mamá o la abuela Marga nos leía antes de dormir.

—Ya que estás acá, aprovecho para pedirte perdón. Por todo, viste. Por cómo se dieron las cosas. Porque fui un forro cuando éramos pendejos. No quería tener una hermanita —expliqué y traté de sonreír.

Me dijo que me callara, que no importaba, que eran cosas de chicos y que había pasado mucho tiempo. Mucho, repitió.

—Igual. No fui un buen hermano. No me gustaba que me siguieras. Cada vez que me daba vuelta estabas ahí. Cruzaba la ruta corriendo para perderte de vista. Eras chiquita y lenta, y yo sentía vergüenza de vos.

—Ya pasó eso.

—Pensé que ese día iba a ser como otros, que no te ibas a animar a cruzar. Que iba a ser más fuerte el miedo que las ganas de ir conmigo.

—Fue hace mucho —dijo largando el humo. Me quedé observando el aire enrarecido y gris, convencido de que si me esforzaba podía verle los ojos.

—Cuando escuché el ruido me paralicé. El auto frenó tan de golpe, el sonido fue tan insoportable. Perdoname, Fer, por imbécil, y porque todavía hoy no puedo recordar tu rostro. ♠



Cuenta una leyenda que en Èpoc vive una mujer invencible. Nadie vivo la ha visto jamás. Cuentan los sabios del lugar que sus interminables cabellos asfixian a los soldados enemigos en el campo de batalla, protegen los sembrados del granizo, calman las aguas del mar en noches de tormenta y susurran canciones de cuna a los recién nacidos. Su poder es eterno, su compasión inagotable y su belleza no tiene igual. Cuentan las viejas del pueblo que una vez tuvo un amor que le rompió el corazón en cien mil gotas de lluvia y fue la tormenta más devastadora de la historia. Cuentan que prometió llevar la desgracia a cualquiera que la contemplara otra vez y se volvió cruel y temible. Cuentan que alguien escribió su historia junto a su retrato y que al mirarla a los ojos moriremos todos. ♣



P.D.:

Corazón en frasco y pájaro en mano,
así nos despedimos y así nos vamos.
Sin más que antes, pero sin menos que ahora.
Con un montón para no olvidar y con una
confirmación irrefutable que no nos aleja
ni uno titote de un relato de opuesta.
descansamos en paz.

Índice

Fosa común / Cezary Nowek	9
Guisela, #66 / Juan Revol Prospecto	16
Diego, #08 / Hernán Sáez Agazapado	18
María José, #13 / Fabricio Esperanza Revelación	20
Rocío, #28 / Eugenia De Micheli Migraciones	22
Barbi y Mauricio, #44 #45 / Beta Suárez Lo que vale	24
Silvia, #37 / Fede del Canto Espacio muerto o espacio para la quietud (de #37)	26
Sofía, #06 / Ramiro Albino Sicut liliium	28
Marcos, #59 / Marina Ceballos Taxidermia	30
Walter, #10 / Nicolás Lepka Noches	32
Viviana, #05 / Gastón Massenzio Fulgor	34
Marina, #00 / Seba Maturano Hábitos crepusculares en las vísperas del Lago Ness (retrato de un dibujo)	36
Ana, #03 / Myriam Toker Midriasis	38
Juan Pablo, #49 / Sole Iraizoz Apesadumbrado	40
Ramiro, #35 / Margarita Pollini Los mares del tiempo	42
Mariana, #16 / Roberto Juanz Cenit	44

Daniela, #27 / Lucía Alvarez No hay estrellas en Meimei	48
Marina, #000 / Iru Propia Tanka	50
Lorena, #12 / Diego Sáenz Tempestad	52
Manuel, #36 / Lucila Quintana Carpe diem	54
Carolina, #32 / José María Marcos Carolina	56
Perla, #31 / Federico C. / Prensa La Libertad El primer invento	58
Juan, #39 / Jorge Calvo piedad, papel o tijera	60
Carlos Manuel, #42 / Julee Sussini INhabitable	62
Verónica, #52 / Rocío Gavrila Sentido	64
Maximiliano, #47 / Cecilia Lage No te quejes	66
Caterina, #62 / Ignacio Maidana Mientras concluye el día del lavarropas	68
Eurídice, #51/ María José Ceballos Fugacidad	72
Santiago, #65 / Juan Tardivo Los dioses del ocaso	74
Marcela, #15 / Mariano Santangelo Ella	76
Adolfo, #54 / Gabriel Pantoja El tema está mortal	78
Carolina, #40 / María Helena Hevia Reminiscencias imperceptibles	80
Martín, #53 / Juan Pablo Echenique #53	82
Soledad, #21 / Andrew Burke Together forever	84

/ (traducción al español) Juntos para siempre	86
Laura, #20 / Viviana Torres Puesta	88
Hernán, #57 / María Concepción Perre Fotofobia	90
Nicolás, #23 / Mariana Kozodij Estanque	94
Damián, #55 / Nicolás Bottini Una enseñanza	96
Patricia, #30 / Marcela Sabbatiello Patricia 30	98
Mara, #38 / Cezary Novek Amar a Mara	100
Federico, #02 / Nico Sarintaris 144 hilos	102
Gustavo, #61 / Laura Cedeira Condena	104
Luciana, #56 / Mariana Rey Su más bello error	106
Natalia, #33 / Victoria Ronsano De encuentros-ausencia	110
Betina, #19 / Guisela Masarik La verdadera muerte	112
Antonietta, #17 / Serj Alexander Iturbe Como pasa con los espejos	114
Victoria, #22 / Martín Cantalupi Contrapunto	116
Gabriel, #46 / Daniel Flores Laino Un mandala	118
Mariano, #64 / Mauricio Micheloud No se dio	120
Michelle, #48 / Magalí Ceballos Diostesalve	122
Caribay, #50 / Anette Helecho	124
Sebastián, #43 / Juan Gosso Las nubes	126

F Emi Na, #34 / Silvia Herrera	Fantasia	128
Simón, #67 / Vanita R. Oszust	Miedoduelomuero	130
Belén, #14 / Nicolás Viglietti	A la siesta	132
Lucía, #26 / Angie Ferrero	Paréntesis	134
Rocío, #29 / Juan Cruz León	Muerta	136
Jessica, #25 / Laura López Dupertuis	Ana Clara Blanca Nieves Monte Marino	138
Natalia, #60 / Xavier Grant	Resistencia	140
Jorge, #63 / Emiliano Salto	Preocupación	142
Victoria, #58 / Federico L. Baggini	El paraíso de los insolentes	144
Alejandra, #01 / Anna Serguéyevna	Hongos	146
Paola, #04 / Walter Rodrigo Asensio	Autopsia	148
Meieli, #24 / Natalia Corral Vide	Fénix	150
Juan, #18 / Rocío Gomez	Yo y Narciso	152
María Elena, #09 / Luciana Schwarzman	Samira	154
Mariela, #41 / J. S.	Conversación	156
Fernanda, #11 / Narciso Rossi	Humo	158
María Concepción, #07 / Barbi Couto	Su mirada	160

Me llamo **Marina Ceballos**,
pero me dicen Maru. Me recibí
de diseñadora gráfica en la UNC
de Mendoza, hace mucho. Soy
directora de arte en una agencia
de publicidad en un país que
queda muy lejos de mi casa.
Dibujo, mucho; a veces escribo.
En 2014 experimenté con gente
y publiqué **Los Idiotas**.
Acopio lápices 8B, estilográficas
0.01, pinceles finitos y piedras.
Debería haber estudiado
Medicina.



vSCO.co/maruceballos



[@maruceballos](https://www.instagram.com/maruceballos)

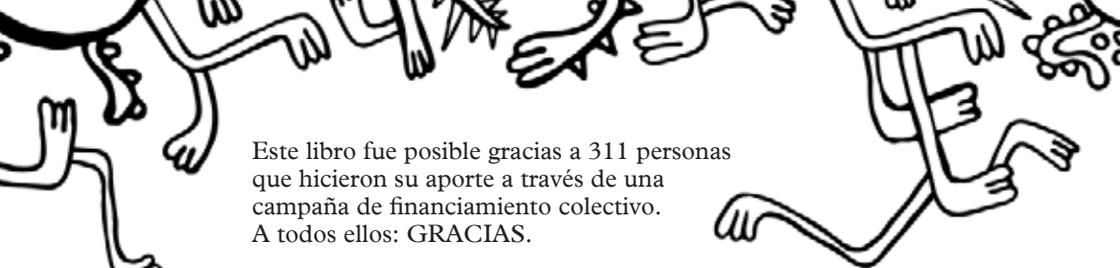


Somos **Ediciones de la Terraza** y nos dedicamos a editar libros ilustrados que proponen una experiencia de lectura diferente.

Nos gusta financiar proyectos colectivamente, porque podemos construir una comunidad cada vez más comprometida y participativa si lo hacemos juntos. Creemos que son formas nuevas de hacer y crear cultura.

Con Maru Ceballos nos conocimos así, en una plataforma de financiamiento colectivo, y decidimos seguir viaje juntos. Nos contó un pajarito que las historias son más lindas si vuelan libres, por eso publicamos este y nuestros otros libros bajo licencias Creative Commons, apostando por la difusión de una cultura cada vez más libre.





Este libro fue posible gracias a 311 personas
que hicieron su aporte a través de una
campaña de financiamiento colectivo.
A todos ellos: GRACIAS.



Barbi Couto • Sofia Scasserra • María Concepción Perre • Fedé del Canto • Daniela Sosa • Graciela Biondi
• Roberto Ceballos • Rocío Gomez • Luciana Schwarzman • Mariano Santangelo • María José Ceballos
• Ofisha Kurrí • María Elena Fernández • Victoria Abasolo • Mariana Conti • Laura López Dupertuis •
Meieli Dupertuis • Walter Rodrigo Asensio • Viviana Torres • Luciana Serain • Constanza Riverá • Anita
Lobo • Natalia Osorio • Lole Villar • Mariana Ceballos • Vanita R. Oszust • Julieta S. Oszust • María
Bugenia Cunto • Carolina Clavijo • José María Marcos • Marianella Azzimonti • Gastón Schaefer •
Natalia Corral Vide • Santiago Miguens • Santiago Pagliero • Antonieta Di Caro • Patricia Boero • Juan
Pablo Cedrola • Eduardo Kraska • Hernán Sáez • Marcela Perez • Carlos Gutierrez • Inés Persa • Sole
Iraizoz • Myriam Tokor • Margarita Pollini y Gonzalo Saldívar • Juan Gosso • Guisela Masarik • Beta
Suárez • Juan Mikalef • Sol Barrios • Mara Meter • Victoria Gerchinhoren • Alejandra Hevia • Simón
Barrios Bravo • Manuel Ceballos • Mariana Rey • María Helena Hevia • Carola Lapenta • Sandro Chelotti
• Burdíce Ramos • Santiago Ambao • Jessica Sangoy • Ana Errecalte • Lucas Gattoni • Vanina Boco
• Chano Mercado • Lucas Morillo • Carlota Andrada • Xavier Grant • Alex Appella • Marina Lopez •
Nicolás Biffi • Mauricio Micheloud • Vanesa Goytea • Miriam Ubaid • Gloria Claro • Eduardo Vanegas
• María Bugenia Moro • Caro Panero • Leopoldo Giupponi • Micaela Miño • Ana Hevia • Fedé Mathe •
Fabricio Gomez • Matías Mosqueda • Isidoro Reta • Jorge Calvo • Nicolás Viglietti • Paz Perre • Matías
Garciaarena • Heliana • Libre Cultor • Sebastian Albarello • Roberto Suárez • Gabriel Pitaluga • Tadeo
Berasategui • Jorge Flores • Florentina Gosso • Sebastián Vargas • Cezary Nowek • Débora Cingolani
• Macarena Benitez • Petit Emilia • Pulga Morales • Regina Grisolia • Gaston Galiano • Victoria
Stegelmann • Poli Piazza • Caty Mirkin • José Aliaga • Catalina Escalante • Gaby Lussek • Jorge Omar
Domínguez • Gustavo Navarro Horňiáček • Max Fernandez • Juliana Budzko • Edu García • Lula Boix
• Manuel Lada Ortiz • Luciana Martínez • Julia Panei • Serj Alexander Iturbe • Sofia Dem • Maximiliano
Simes • Sofía Cimarelli • Ale Marangonzin • Dolores Marimón • Nacho Bustos • Mayra Vidal • Macarena
Pajis Zamboni • Corina Demarchi • Paulina Gallardo • Sonia Bassi • Esteban Dilo • Diego Saenz •
Marianita Ninoff • Laura Yannelli • Valentina Lellin • Fedé Sosa • AbboPacheco • Emilliano Carranza •
Grisse • Francisco Del Campillo • Ignacio López Arzuaga • Guillermo Vega • Jorge Hillar • Belem Yciz •
Constanza Gualdoni • Naza Paez Ferreyra • Ana Laura Acosta • Cele Pe • Eze Gait • Emanuel Sosa



Agustina Carranza • Perla Napoli • Julián Zapparart • Cachitouno • Leila Giani • Fede Farias • Tomas Spina • Cala Mu • Miguel Bogino • Morena Hnatszyn • Nadia Bueno • Nicolás Favieri • Ana Paula Alomar • Angie • Pom Pom • Gabriel Blanco Herrera • Guillermo Dione • Lara Bustamante • María Nielsen • HipólitaMente • Vicky Fernández • Andrew Burke • Max Cady • Lupe Llanos • Clara Mallora • Lorena Goldbaum • Luciano Emanuel Elizalde • Flor Miranda • Nicolás Ceballos • Adriano Francesco • Gabriel Arcieri • Veronica Fiorucci • Leonardo Sebastian Oliva • Karina Valentini • Pia Day • Brenda D'Elío • Ana Paula • Victoria Abrile • Luciana Di Carantonio • Magui Ceballos • Ana Clara Posteraro • Daniel Flores • Majo Moreno • Julian Nehuen Montagna • Mucha Mancha • Julian Montagna • Lara Fernandez • Mar Anglès Figueras • Anahí De Simone • Nicolás Arcieri Valdés • Nicolás Lepka • Juan Zysman • Andrea Ferraro • Monsieur • Agustín Ceballos • Mariela del Carmen Gutierrez • Taller de Tango Saverio Perre • Dario Trevisani • Elías Albelo • Sol Pujador • Pepina • Irene • Majo Zelaya • Ailin Nuin • Giuliana De Luca • Verito Menten • Daiana Pérez • Aly Quiroga • ValeV • Agostina Poblete • Alberto Christín • Carlos Manuel Barcala • Grupo Santangelo Seguros • Sarah Jessica • Olivia Barcala • Miru Barcala • Casiopea • Adrián Ravier • Roxana De Los Santos • Micaela Yacante • Adolfo Marchesini • Ramiro Albino • Marcela Morales • Angeles • Luis Tenewicki • León Rodríguez • Silvia Susana Maluf • Agus Santangelo • Tomás Santangelo • Eddie Torres • Sergio Digangi • Martín Santangelo • Rocky Rock • Juan Spiatta • Beli Blengino • Amelia Lobo • Fernando Villarroel • Jimena Fontana • Agostina Elorza • Pablo Condenanza • Laura Condenanza • Luis Vidal • Rosa Ricardi • Denise Zenkussen • Milli Peñalba • Julieta Lloret • Paloma Barcala • Mercedes Braña • Sebastian Perez Llana • Eliana Franco • Lorena Galli • Sol R • Paola Fernández • Viviana Sabbatella • María del Carmen Duarte • Diego Jofgre • Santiago Serrano • Martin Krenz • Santiago Ceballos • Ana Pantano • Agostina Bortolotto • Guadalupe Zelaya • Juan Cruz León • German Rodari • Michelle Couso • Ricky Guerrina • Juan Revol • Natalia Vagliente • María Paz Torroba • Brica Daiana Rossi • Tamara Rossi • Ana Henjes • María Fernanda Domato • Lucas Mudrovici • Julee Sussede • Q. Tarantino • Rodrigo Baña • Andrés Waisten • Miguel Martínez • Maca Na • María Emilia Aquilino • Gustavo Curkovic • Andrés Popritkin • DASCAG • Juan Torchia • Mateo Colimedaglia • Daniela Lachitiello • Liz Lgs • Zoé Astiazu • Diego Rodríguez Valverde • Claudio Bartel • Gropius El Magnífico • Ana Bertello • Tamara Pardieux • Sole Asensio • Iván Bahl • Hernán Julin • Ana Cecilia

Muertos, de amor y de miedo / Marina Ceballos ... [et al.] ;
compilado por Marina Ceballos ; ilustrado por Marina Ceballos. -

1a ed ilustrada. - Córdoba : Ediciones De La Terraza, 2016.

172 p. : il. ; 15 x 15 cm.

ISBN 978-987-45698-6-8

1. Ilustración. 2. Narrativa Argentina. I. Ceballos, Marina II. Ceballos, Marina,
comp. III. Ceballos, Marina, ilus.

CDD A863

Ediciones de la Terraza
www.edicioneslaterraza.com.ar
edicionesdelaterraza@gmail.com

Marina Ceballos
marina.ceballos@gmail.com

Caligrafía de tapa
Victoria Gerchinhoren

Traducción página 84
Natalia Osorio / Marina Ceballos / Nadia Couto



Esta obra está licenciada bajo la Licencia Creative Commons Atribución
– No Comercial – Sin Obra Derivada 4.0 Internacional. Para ver una copia de esta
licencia, visita <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>.

Impreso en la Argentina. Queda hecho el depósito que prevé la ley 11.723.



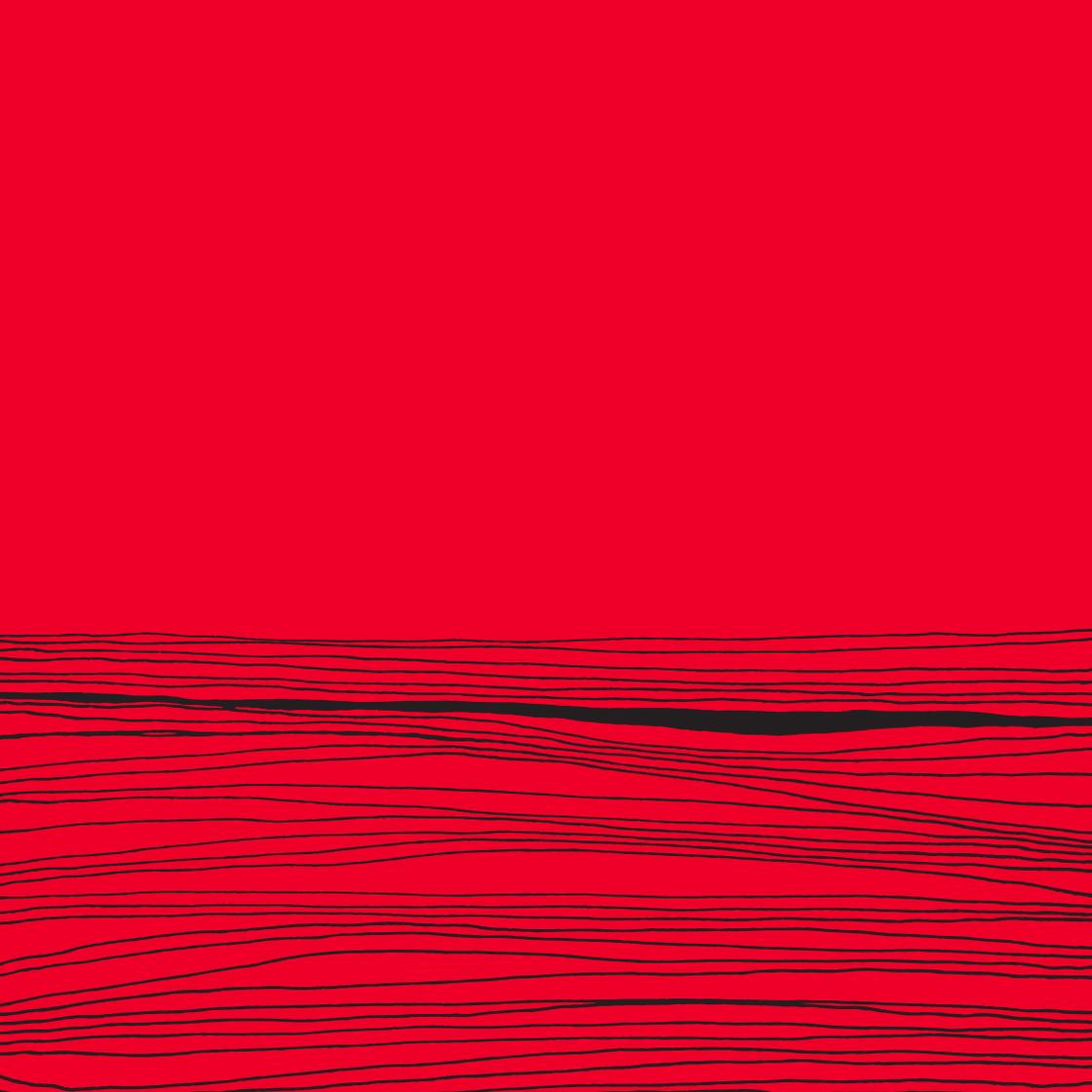
Se imprimieron 700 copias
de Muertos (de Amor y de Miedo)
en Premat Industria Gráfica SRL,
(Entre Ríos 2650, Córdoba, Argentina,
premat@prematgrafica.com.ar) durante mayo de 2016.

La versión digital de estas páginas está disponible
de manera gratuita para todos los que nos la soliciten
porque quienes hicimos este libro
creemos en una cultura cada vez más libre.

edicionesdelateraza@gmail.com



+ + +



Hemos muerto.
Que nos sea leve la eternidad del exilio.

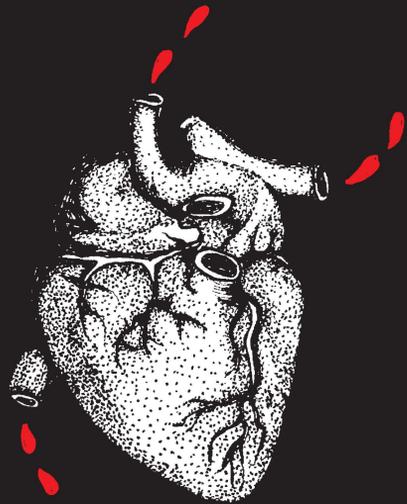
Había una vez, fin.





I want you wanting me
I want what I see in your eyes
So give me something to be scared of
Don't give me something to satisfy

Marilyn Manson



Muertos (de Amor y de Miedo) es un experimento online artístico/literario realizado en dos etapas. Respondieron 133 voluntarios.

Los 66 primeros se ofrecieron al altar de sacrificios diseñado por la ilustradora Maru Ceballos. De cada uno se obtuvieron lúgubres retratos, de cada uno de ellos manó sangre de tinta.

Los otros 67, también retrataron a esos voluntariosos muertos. Pero esta vez, la sangre de tinta se volcó en prosas diversas y en poesía de ultratumba sobre esos deseos de los cuales no podemos escapar.

El punto culminante de este experimento es este libro. Solo en él se logra su cometido. Solo cuando se abra el libro y se recorran sus páginas los voluntarios retratados conocerán a sus verdugos escritores y estos últimos conocerán la identidad de aquellos a los que ultimaron en textos, a partir de los retratos realizados por Maru.

El círculo se cierra. Los muertos de amor y de miedo emergen.

